

— Es verdad — dijo Lucas — así está su retrato. ¡Y cómo se parece al señorito! Continúe usted, madre.

— La viuda quedó con escasos recursos; pero amaba con delirio á sus hijos, y en vez de darles un oficio honrado, les proporcionó una educacion brillante, y por ellos iba gastando su capital que de dia en dia se desmembraba visiblemente, porque cuando el dinero sale y no entra..... La buena señora creia que antes de agotar su fortuna, hubiera logrado un buen casamiento para su hija, tan hermosa y tan llena de talentos y virtudes; y que su hijo don Andrés alcanzaria tambien una buena colocacion. Han llegado los dos jóvenes á lo más florido de la vida, cuando era muy fácil que los deseos de su madre se realizáran; pero la fatalidad ha hecho que se agotasen antes sus riquezas... y esta es toda la historia de doña Petra, la señora mas buena, mas honrada y generosa que hay en el mundo.

— Dios no les abandonará — dijo la señora Brígida.

— Y con tanto talento el señorito — añadió Lucas — no tardará en hallar una buena colocacion.

— Dios lo haga — dijo la señora Juana exhalando un suspiro.

— Esta conversacion es demasiado triste — alegó Lucas — para el dichoso momento en que se presenta sobre la mesa la nunca bien ponderada doña cebolla. ¡Calle! ¡y es don hígado el caballero con quien viene la tal dama asida del brazo! Mejor está así que en tortilla, aunque tambien en tortilla es deliciosa. Ahora si que siento de veras que para que fuera el gozò completo no esté á mi lado Carmencita. ¿Por qué no ha venido la muy picarilla?

— ¡Otra vez la misma pregunta! No ha venido porque está arreglando las flores.

Lucas se levantó cuando estaba saboreando el primer bocado de su manjar favorito, y exclamó con energia:

¡Ingrata entre las ingratas!

Con la cebolla en la boca

Me deja, como una loca,

Para arreglar cuatro matas.

— ¿Qué estás diciendo? — exclamó riéndose la señora Brígida.

— Estoy refundiendo *la Marcela*, y los poetas modernos no pueden que-

jarse si hay quien les refunda, porque refundiendo á otros han dado á los demas el derecho de refundirles á ellos.

—¿Qué es eso de refundir?— preguntó la señora Juana.

—Estropear comedias— respondió Lucas.

—Yo creo que te vas á volver loco con tus comedias y tus teatros.

—No lo crea usted. Ya voy perdiendo la aficion... Desde que Carmencita y yo no representamos... el teatro español está en decadencia; pero señora Brígida, ¿no podria usted decirme por qué no se ha traído consigo á esa pérdida? ¡Ah! no me acordaba que está haciendo ramitos. Así que hayamos comido, iré á ayudarla con permiso de nuestras recíprocas madres.

—Tienes que ir antes á llevar algunas sillas á doña Petra.

—Eso por supuesto. ¿Y cómo lo haria para llevarles algo de comer?

—Llevándolo.

—Es que no querrán admitirlo. Me han regañado mucho esta mañana, me han hecho prometer que no volveria á llevarles nada, y solo bajo esta condicion han admitido lo del cesto. ¡Cómo habia de gustarles este plato! Y no me abra usted ventana alguna en quince dias. Quiero que todo se empape bien de olor de cebolla frita... y cuando yo sea rico... cuando Carmencita y yo vivamos en una gran casa... que yo mismo empapelaré del modo mas elegante, perfumaré los salones con cebolla frita... Ya verán ustedes como se estiende la moda... ¿Qué agua de colonia, ni qué vinagre de tocador, ni qué esencia de mil flores puede compararse con el aroma que exhala la cebolla frita?

—Déjate de simplezas—dijo la señora Juana— y toda vez que hemos terminado ya la comida, puedes llevar las sillas á doña Petra.

—No he terminado aun, madre, me falta comer este cachito de queso...

—Ya te lo comerás andando...

—Ha sido la comida sobrado buena, para no completarla debidamente. La señora Brígida se ha lucido...

—Bajo la vigilancia de tan buena directora—respondió la señora Brígida mirando á la señora Juana— era imposible no acertar.

—Quiero comerme el queso aquí—alegó Lucas— para no perder la última copa de vino. Y para completar la fiesta, y que sepan ustedes que si me hubiese dedicado al teatro, lo hubiera hecho á las mil maravillas, recitaré la relacion del borracho, que es lo que mas me han aplaudido en cuantas fun-

ciones de ahionados la he dicho.

—Déjate de eso—dijo la señora Juana.—Si ya te la he visto representar mil veces.

—¡Y qué! ¿me negará usted que lo hago bien?

—No lo haces mal; pero si fuese una cosa nueva...

—Si no es nueva para usted, lo es para la señora Brígida. ¿No es verdad que usted no me la ha visto representar?

—No por cierto.

—Ya lo oye usted, madre, y cuando se convida á una persona, es preciso valerse de todos los medios para obsequiarla.

Entre Lucas y la señora Brígida arrimaron las sillas y la mesa á la pared, y colocándose el primero en el centro de la pieza, calóse el sombrero muy tirado hácia atrás, y con la copa en la mano dijo:

—¡A la salud de mi novia!—Y apuró la copa.

—¡Buen provecho!—esclamaron la señora Brígida y la señora Juana.

—Ahora silencio, que voy á empezar.

Y Lucas recitó los siguientes versos de uno de nuestros mas fecundos improvisadores:

De una puerta al gironcillo

Por do la luz se colabá,

Un borracho procuraba

Encender su cigarrillo.

Y esponiéndose á un catarro

Segun la noche era fria,

¿Qué demonios, repetia,

Tiené el endino cigarro?

Y tornaba á refregar,

Y el rebelde á nunca arder;

Que era el modo de encender

Cosa de nunca acabar.

.....
Chirlo-mirlo y coge-gallos

Iba mi hombre por las losas,

Haciendo eses primorosas,

Muertos de risa sus callos.

Y á una torre que yo sé

Balbuente le decia:

¿Tiene esta torre manía

De estarse siempre de pié?

¿Por qué no se sentará

Este demonio de torre?

Mira, mira como corre

La casa de mas allá!

Tampoco le faltan piernas

De Buena Vista al palacio!

(*Tropezando contra una esquina*)

Despacio, chico, despacio,

Que romperás las tabernas.

¡Cómo bailan rigodones

Vestidas de telarañas

Castañeras y castañas,

Hornos, fuelles y cajones!

A bien que estamos de pascuas

Y cosas del tiempo son...

(*Tropezá otra vez.*)

¡Caramba que tropezon!

¡Si voy andando sobre ascuas!

Echame acá la sartén

Y haremos pisto, Colasa:

¡Calle! no queda una casa

Que no se marche también.

La ronda en esto llegó

Preguntándole ¿qué hacía?

—Aguardo, le respondió

Que pase la casa mia.

.

—A Chirona y vivo!— Iré.

—¡Vivo! he dicho.—¿Voy yo muerto?

—Y dormiré en ella á fé.

—Yo en ella no dormiré...

Como pueda estar despuerto.

La señora Juana y la señora Brígida se rieron mucho de las contorsiones de Lucas, y sacando este cuatro sillas á la escalera, que era muy ancha, colocóselas en la cabeza enlazadas unas con otras, y desapareció precipitadamente, despues de haber besado la mano de su madre y de haber saludado con afecto á su futura suegra.

Como queda estar despuerto

La señora Juana y la señora Brígida se rieron mucho de las contorsiones de Lucas, y sacando este cuatro sillas a la escuadra, que era muy anchas, colocólas en la cabeza enlazadas unas con otras, y desahució precipitadamente, después de haber

CAPITULO XXIX.

FLORES Y AMORES.

Cuando la reina de los prados y de los jardines veíase despojada de sus encantadoras galas; cuando las inmensas praderas, salpicadas durante el verano de hermosísimas flores, estaban desiertas de este su mas vistoso ornato, porque deshojadas y marchitas desde el otoño, sin que el beso de un arroyo lograra rejuvenecer su tallo, ni los halagos de las brisas alcanzasen mas que hacer caer sus secas hojas al agitarlas, esparciendo por el espacio deliciosos perfumes; cuando el bardo rui señor que cobijado en la verde espesura de pomposas acacias-rosas cubiertas de racimos purpúreos, entonaba himnos de amor y de alegría, contemplaba melancólico y mudo los desnudos troncos, cuyas ramas, antes frondosas, habíanle dado apacible albergue; cuando el sol, ese astro luminoso que por sí solo da una idea sublime del inmenso poder de la Divinidad, ese astro que todo lo vivifica, sin cuyo benéfico esplendor la misma naturaleza seria horrible y tenebroso caos de fatídicas y sepulcrales sombras, ese astro que al bañar ayer montes y prados con su ardiente luz, dábales animacion, vida y hermosura, estiende hoy sus débiles rayos sin dar calor á las aves, ni lozanía á las plantas; cuando todo respiraba aridez y duelo, porque hasta la tierra escaseaba su fructífero jugo á las plantas, la modesta estancia de una encantadora vírgen, parecia haberse convertido en ameno verjel, tan vivos y variados eran, en medio del

invierno, los matices de las bellas flores que alfombraban el suelo, y de las que, unidas en lindísimos ramos y vistosas coronas, hermoseaban las mesas, sillas y paredes, exhalando el mas delicado perfume.

La virgen á que aludimos, orgullosa y alegre entre ellas, como Flora en su trono de pomposa esmeralda, estaba sentada junto á un velador rodeado tambien de cestas de flores, de las cuales iba eligiendo las que convenian á su propósito para la confeccion de ramos, ramilletes y coronas, que armonizaba y entretegia con admirable destreza y esquisito gusto.

Ya habrá adivinado el lector que esta encantadora virgen era precisamente la simpática florera de quien estaba Lucas enamorado.

Y aquellas preciosidades, sacadas de los invernaderos de mas nombradía, como el de Santa Engracia de Chamberí, y los jardines de Recoletos y las Alesas, estaban destinadas á inaugurar una reputacion inmerecida, á crear una vanidad infundada, á lisonjear un orgullo necio!

¡Hasta las inocentes flores ha llegado la prostitucion de estos tiempos!

En la remota antigüedad eran las flores, no solo mudos intérpretes de amor, como ya otra vez hemos dicho, sino galardón precioso de altas virtudes, tal era la estima en que tenia el hombre á estas bellas cuanto sensibles criaturas, que tapizan la tierra de vivisimos colores, llenan la atmósfera de agradables perfumes, y constituyen la joya mas interesante de los jardines.

En esta era de inmoralidad y corrupcion, halágase la vanidad de los pretendidos héroes con preciosas placas, con diademas de oro y cruces de brillantes, y se destinan las flores para premiar la ligereza de una bailarina, los gorgoritos de una *prima donna* ó los delirios de un mal poeta.

En otro tiempo, cuando se premiaba el mérito y no la intriga, una sencilla corona de laurel bastaba para circundar de gloria las vencedoras sienes de un guerrero, para hermosear la venerable frente de un varon docto ó servir de estímulo á la entusiasmada juventud.

En el dia no basta una corona para halagar á un cantante adocenado, y se juntan los parientes y amigos con el objeto de arrojarlas por docenas, y comprarle el diluvio de flores que ha de rociarle en presencia de un público paciente.

Mientras nuestra donosa ramilletera entrelazaba olorosas hojas verdes de sándalo y malva-rosa entre dalias y claveles, el sonido de una voz sonora vino á distraerla de su grata ocupacion.

Prestó atención á tan simpático acento, y con agradable sorpresa pudo oír la siguiente estrofa:

Buscando vengo anhelante
 A la prenda de mi amor,
 A su placer destinada
 Para Lucas el pintor.
 Despierta, Leonor!...
 Leonor!...
 Leonor!...

Cármén prorumpió en carcajadas, dejó su labor y corrió á recibir á su novio.

—¡Oh! ¡cuantos ramos!—dijo Lucas al entrar en la habitación de Cármén.—¡Cuántas coronas llevas hechas!... ¡Qué bonitas están todas!... Bien digo yo que tú no puedes hacer nada malo.

—¡Quita allá, adulador!

—Bien sabes tú que no te adulo, zalamera. Tienes una gracia particular para casar los colores. Bien que tú para todo tienes gracia.

—¡Y dices que no adulas!

—Nunca he tenido ese defecto... Yo siempre digo la verdad... y la verdad es que eres muy graciosa y muy bonita...

—Si empiezas de ese modo... ¿qué vas á decirme dentro de media hora?

—Te diré lo mismo: que eres muy bonita... y que me gustas mucho.

—¡Embrollon!

—Y que pareces un ángel entre guirnaldas de flores...

—¡Hola! te vas exaltando á pasos de gigante.

—¡Qué cruel eres!

—Vamos, ya te has cansado de los requiebros, y vas ahora á rociarme y de injurias. Expícatte, ¿por qué me llamas cruel?

—Porque cuando yo te califico de ángel, tú me tratas de gigante, y me acuerdo del cuadro de Flauger...

—¿De qué cuadro?

—De uno que representa al gigante Olofernes cuando la hermosa Judit le cortó la cabeza á cercen, como si el cuello del gigante hubiera sido una zanahoria.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Que si das en la manía de llamarme gigante...

—Eso quisieras, renacuajo.

—Puedes creer que soy otro Olofernes.

—Déjame en paz, que tengo mucho que hacer.

—Y como tambien eres hermosa...

—¡Ya baja!

—Y que puedes apostársela á la mismísima Judit... no sea que el diablo te tienta...

—¿Y era Olofernes tan pesado como tú?

—¿No ves como ya me comparas con él?

—¿Cuándo tendrás juicio? ¿Cuándo serás hombre formal?

—Cuando nos casemos. Ya verás entonces que marido tan grave vas á tener.

—Dios sabe cuando sucederá eso.

—Antes de lo que tú crees.

—Yo creo que seremos ya viejos cuando te decidas á casarte.

—Mas deseos tengo yo que tú —dijo Lucas restregándose las palmas.

—Se conoce por la prisa que traes.

—Ya se vé que sí; y si no estamos ya casados, es porque trato de reunir antes algun caudalejo para proporcionarte una suerte digna de tí.

—Aun me voy á hacer yo rica antes que tú —esclamó Cármen.

—Hablemos ahora con toda formalidad —repuso Lucas asiendo la mano de Cármen. — Si te hicieras muy rica... muy rica antes de casarte conmigo, ¿no tendrias otras ambiciones?

—No te entiendo.

—Pues bien claro hablo... digo que si ganases mucho dinero ¿no quisieras casarte con otro que tuviese mejor posicion en la sociedad?

—¡Anda allá! ¡Vaya una pregunta que me haces! —esclamó Cármen retirando enojada la mano que Lucas le tenia asida.

—¿Te has enfadado?

—¿Y quién no ha de enojarse al oírte hablar de ese modo? ¿Acaso soy yo como tú?

—¡Como yo!

—Sí, que me dejarias por cualquier otra que pudiese proporcionarte un

porvenir mas brillante que yo.

—¡Qué disparate! Ni por la reina de Inglaterra te dejaría yo.

—¿De veras?

—Puedes estar segura de que te prefiero á todas las riquezas de este mundo. Si las deseo, si ambiciono reemplazar mi chaqueta con el frac, y mi blusa con la levita, es para darte importancia á ti, que eres y serás siempre el ídolo de mi corazón.

—¿Es decir que me amarás siempre á mi sola?

—¿Puedes dudarlo? ¿Y tú, Carmencita?

—Demasiado sabes el amor que te profeso.

—¿Y me serás siempre constante?

—Ahora repetiré yo tus palabras: ¿puedes dudarlo?

Y Lucas dijo con exaltación:

Si fuera verdad, mi vida
Y mil vidas que tuviera,
Angel hermoso, te diera....

Ahora respondes tú.

Y Lucas, haciendo la voz delgada, dijo con afeminadas maneras:

¿No te soy aborrecida?

Y volviendo á ahuecar el acento con entonacion varonil, continuó:

¡Aborrecerte! ¿Y quién pudo

Aborrecerte, Leonor?

Y adelgazando otra vez el acento, prosiguió con ternura de mujer:

No dudas ya de mi amor,

Manrique?

Y responde con voz de hombre apasionado:

No, ya no dudo; o

Ni así pudiera vivir.

¿Me amas, no es verdad? Te creo.

Porque creerte deseo.

Para amarte y existir.

— ¡Calla! ¡calla! — gritó Cármen.

Lucas seguía entusiasmado :

Porque la muerte me fuera.

— ¿Quieres callar?

Lucas continuaba :

Porque la muerte me fuera.

Mas grata que tu desden.

— ¡Maldito seas!

— Amen.

— Tonto!

— ¡Ingrata!

— Necio!

— Fiera!

Cármen se dirigió á su asiento, y prosiguió su labor.

Después de una breve pausa, se le aproximó Lucas, y acodándose en el respaldo de su silla cruzado de piernas, le preguntó :

— ¿Estás enojada, prenda mia?

— Sí señor — respondió Cármen con seriedad.

— ¿Como así?... Cuando con tanto ardor, te espreso mis sentimientos....

— Por eso mismo... porque todo lo echas á broma.

— ¿Quién dice semejante cosa?

— Yo que lo veo.

— Pues me calumnias, Cármen.

— Cuando yo te hablo muy formal del amor que te profeso....

— Te respondo con la misma formalidad.

— Convirtiendo nuestros amores en amores de farsa.

—No son de farsa, alma mía.

—Pues de comedia, que viene á ser lo mismo.

—¡Como!... los amores del trovador!

—Son amores de mentirillas, y yo quiero que los nuestros sean de verdad.

—Y tan de verdad, que ya he dicho á mi madre que quiero casarme este mismo invierno.

—¿Este mismo invierno?—repuso Cármen levantándose alegremente y cruzando su brazo con el de Lucas.

—Sí, Carmencita, este mismo invierno seremos marido y mujer.

—¡Cuanto me alegro! ¿Y como ha sido esa novedad?

—Ya sabes que lo habíamos dejado para la primavera.

—Es cierto... por eso me estraña...

—Antes creía que la primavera era la mejor estacion para casarse.

—¿Por qué?

—Porque es la hermosa estacion de los amores.

—Para dos que se quieren bien, todas las estaciones son buenas.

—Eso he pensado yo... y ademas, he conocido otra necesidad.

—¿Y cuál es?

—La de tu compañía en invierno.

—¿Para qué?—preguntó riéndose la jóven.

—Para estar mas calentito. ¡Siento un frio solo!

—En resumidas cuentas ¿nos casamos pronto?

—Sí, sí—respondió Lucas, y añadió declamando:

Pronto, Cármen, retirados

Del mundo y su tiranía,

Viviremos, alma mía,

Esposos afortunados...

—¿Ves como echas á juego las conversaciones mas formales?

—Tienes razon; pero venian tan á pelo estos versitos de *Incertidumbre y amor*...

—Vamos, dí formalmente ¿cuando nos casamos?

—Por enero... es cuando los gatitos andan mas retozones.

—¿Pero hablas de todas veras?

—¿Son estas cosas de chancearse?

—Pues entonces ¿en qué pensamos?

—No sé qué quieres decir.

—Que hay que dedicarse á los preparativos de la boda.

—Es verdad; pero tenemos tiempo aun...

—Sí, los dias pasan volando...

—Pues cuando vivamos juntos.... aun nos parecerá que corren mas de prisa.

—¿Por qué?

—Porque dicen que cuando uno vive feliz...

—¿Y vamos nosotros á ser felices?—preguntó Carmen sonriéndose.

—Así lo presumo; ¿y no opinas tú lo mismo?

—¡Qué sé yo!... Tienes á veces tan mal genio... Cuando empiezas á regañar...

—Nunca regaño sin motivo.

—Siempre me riñes injustamente.

—Cuando escuchas requiebros de otros.

—¿Y qué culpa tengo yo en que me los dirijan?

—Pero la tienes en escucharlos con amabilidad.

—¿Quieres que responda una desvergüenza á los que me llaman linda?

—Quiero que pongas mal gesto.

—Dirán que soy grosera.

—Eso es, y por no ser grosera has de llevar siempre una escolta de galanteadores.

—Ya sabes tú que ninguno de ellos me hace gracia.

—Menos gracia me hacen á mí.

—Vamos, vamos, déjame concluir esa corona.

—¿Quieres que la termine yo?

Y esto diciendo, tomó Lucas la corona que, yá casi concluida, tenía Carmen en el velador, y se detuvo en examinarla.

—¿Te gusta?—le preguntó Carmen.

—Es lindísima... como obra de esos deditos de azúcar... que ahora mismo me los comería como si fuesen merengues. ¡Que bien estaria en tus sienes!

Y con su acostumbrado acento declamatorio, añadió:

Una corona de flores

Deja que ponga en tu frente!

Será aureola luciente!...

Será diadema de amores.

Al decir esto, Lucas se aproximó á Cármen, le puso la corona, y abrió los brazos en ademán de abrazarla.

Cármen le dió un repujón y huyó precipitadamente.

Lucas la siguió esclamando:

Abrázame, Carmencita;

No me seas testaruda.

¿Por qué te apartas? Sin duda

Te huelo á cebolla frita.

—Si te acercas, grito.

—¡Vaya una aprension! ¿No hemos de ser marido y mujer?

—Cuando lo seamos me abrazarás.

—Es tan poquita cosa un abrazo, que bien podias permitirme que te adelantase uno á buena cuenta.

—No señor.

—Eso es porque no me quieres... y me voy á marchar.

—Lo mejor que pudieras hacer seria eso.

—¿Qué? ¿darte un abrazo?

—Marcharte.

—¿Con que me arrojas ya de tu lado?

—Sí, que tengo que hacer.

—¿Con que te estorbo?

—Sí señor, me estorba usted.

—¡Hola! y me tratás de cumplimento! Ya sé lo que es eso.

Y Lucas empezó á pasearse á grandes pasos por la estancia, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada al pecho.

—Quiero estar sola... no me dejas adelantar mis labores.

- Quieres estar sola... porque no me quieres.
 —¡Pues ya!— dijo Cármen con dulce coquetería.
 —Porque hace dias que llevas malas intenciones.
 —Puede ser...
 —Eres una ingrata.
 —Lo mismo digo.
 —Te burlas de mí.
 —¿Por qué no?
 —Tienes otro amante.
 —¿No mas que otro?
 —No he de creer mas en tus frases zalameras.
 —¡Qué lástima!
 Y Lucas prosiguió declamando con energia:

Demasiado te creí

Cuando tierna me halagabas

Y pérfida me engañabas!

¡Qué necio!... ¡qué necio fui!

Pero no, no impunemente

Gozarás de tu traicion;

Yo partiré el corazón

De ese rival insolente.

El pintor se fué corriendo, dejando á su novia desternillándose de risa.

CAPITULO XXX.

APARIENCIAS ENGAÑOSAS.

Despues de una breve y felicísima expedición á las Andalucías, donde tenia el conde de Campofrío la mayor parte de sus bienes, regresó á Madrid, y lo mismo en la corte que en su pais natal, halló predispuestos los ánimos de los acreedores á un prudente arreglo, atendidas las seguridades y ventajas que con el apoyo de un acreditado banquero, como lo era á la sazón Mendilueta, pudo ofrecerles.

El plazo de tres meses que se concedió al conde para el pago de sus obligaciones, dejándole entre tanto el completo goce de sus pingües rentas, habia cambiado enteramente su posicion social.

La pobreza que tantos apuros y tantas humillaciones le habia originado, habia desaparecido para ser reemplazada por todas las galas de la opulencia.

El conde habia pasado, al parecer, desde el mas horrible infortunio hasta la mas lisonjera prosperidad.

¡Y todo lo debia á la hermosa Eloisa... á la hija del *generoso* Mendilueta!

¿Como pagar los beneficios de aquella jóven hermosa?

¿Como galardonar tanto desprendimiento de parte de una encantadora beldad, que se desvelaba por ver feliz á un jóven á quien apenas habia visto media docena de veces?

Eloisa era rica y desinteresada.

Ni siquiera permitia que su padre cobrase interés ni comision alguna por los millones que estaba dispuesto á prestar al conde.

No podia pues dar á tantos afanes un galardón material.

Era preciso recompensarles de una manera mas digna y noble, esto es, con las dulces inspiraciones del corazón.

El conde de Campofrio hubiera amado á Eloisa, si le hubiera sido posible amarla; pero ya otra belleza habia avasallado para siempre su amor.

Solo era libre de su gratitud, y gratitud eterna juró á la interesante jóven que le habia salvado la fortuna, la vida y la reputacion.

¿Y era suficiente esta recompensa para la orgullosa mujer que ambicionaba un título?

De ninguna manera.

Era de todo punto indispensable un enlace ante los altares de Dios.

¿Y podia el conde acceder á él sin desoir la voz de su conciencia?

¡Imposible!

Estas ideas habian de hacer germinar una lucha acerba, asi en la fantasía como en el corazón del conde.

Véase como nunca se alcanza en el mundo la verdadera felicidad.

Cuando parecia asegurada la del conde de Campofrio con el porvenir que le ofrecia la casualidad, este porvenir tan halagüeño que debia á una hermosa mujer, lejos de sonreírle, martirizaba el corazón de don Luis, porque veia en él un sacrificio superior á sus fuerzas; y en medio de la opulencia, era mas desgraciado que cuando el hambre le llevó á la mesa de sus antiguos amigos, y tuvo á su lado á una pobre niña á quien no podia olvidar.

El conde hacia todos los esfuerzos imaginables para librarse de una pasión sin esperanza; pero desde el momento en que la pundonorosa Adela, le declaró francamente que jamás podria concederle otro cariño que el de hermana, conoció el conde que el amor que profesaba á esta virtuosa jóven, no era un amor vulgar de los que se encienden y apagan á impulsos de lo que la conveniencia exige.

El amor del conde consistia en una pasión indomable que ya no le era fácil extinguir, y las mismas palabras que pronunció Adela para desvanecerle, aviváronle hasta el frenesí; consecuencia precisa de nuestra frágil naturaleza, cuyo apetito despierta á la voz de la prohibicion, desde que nuestro padre Adán probó de la fruta vedada.

—Soy un loco—decía una mañana don Luis paseándose por su gabinete embebido en las tristes reflexiones á que acabamos de aludir— un loco de atar. Lo que Eloisa ha hecho por mí no se hace por una persona indiferente... no se hace por el mero placer de ejercer un acto de generosidad... y se hace mucho menos cuando se trata de millones... ni su padre se desprendería de ellos tan generosamente..... Esto no es posible en un banquero..... ¡Cuesta tantos afanes y desvelos, tantas zozobras y disgustos á los hombres de negocios llegar á hacer una buena fortuna!... No se ofrece así al primero que llega solo por satisfacer el capricho de una hija... Es menester que haya algo mas que un capricho..... y en efecto.... las apariencias me indican que hay algo mas... ¿Será acaso vanidad mia? Lo sentiria... Soy tan enemigo de hacer papeles ridiculos. Por esta sencilla razon me he pasado una buena temporada de hambre... Es muy horrible el hambre, y sin embargo la prefiero á la desgracia de hacer el oso. Bueno fuera que habiéndome librado de esta calamidad en mi pobreza, aguarde á ser rico para servir de monote á los demas. Siempre me figuro que todas las mujeres me aman; y á pesar de que no me declaro hasta que me parece estar seguro de su buena correspondencia, me espetan unos desengaños tan atroces..... Abí está Adelita, á quien quiero como haya podido querer á mi madre, que es cuanto hay que decir, y me ha dado unas calabazas tan á secas, que aun no he podido digerirlas. Y no es eso lo peor del cuento, sino que desde que la niña me declaró que no podría jamas ser mi esposa, se me antoja que no puedo ser feliz sino con ella. Parece que una declaracion tan franca y terminante debia darme valor para olvidar á una jóven que tan bruscamente desdeñó mi amor y despreció mi mano; pero yo no sé que encantos atesora para mí esa angelical criatura, que hasta en el desaire con que desgarró mi pecho, creí ver cierto no sé qué de sublime y virtuoso en su misma franqueza, que en vez de escitar mi resentimiento, me infundió respeto y admiracion, acrecentando mi deseo de unirme á ella con indisolubles lazos. Es preciso combatir este loco amor. Pero ¿como? ¿De qué medios me he de valer para lograr mi intento, si cuanto mas pienso en apagar el fuego que me consume, parece que arde con mayor violencia? Soy un pobre diablo..... no sé dominar mis pasiones..... no sirvo para nada. ¡Qué vergüenza! dejarme avasallar por una especie de amor romántico..... No parece sino que acabe ahora de salir del colegio. ¡Ea! señor conde, sea usted hombre de juicio y déjese de amorcillos de novela que le

pondrían á usted en ridículo... á usted que tanto miedo tiene á la rechiffa de sus semejantes. Cuando Adela me ha declarado que no puede ser esposa mia, prueba es de que ya tiene su corazón elegido otro dueño. Sea pues feliz con él... se lo deseo de todas veras... en tanto que yo... ¡pobre de mí!... veo si encuentro por esos mundos de Dios otra beldad que me distraiga de mi primer amor. Dificil es la empresa; pero es el único medio de salvacion que me queda. Eloisa es amable y encantadora... le debo la recuperacion de mis haciendas... si puedo lograr que me ame, tal vez su amor me salvará tambien de la pasion que me aniquila. Si esto logra, se lo deberé todo á ella... ¿qué mujer mas digna de mi mano? Me casaré con ella, y cuando me sienta enteramente curado de mis locos devaneos, buscaré á doña Petra y á sus hijos para hacerles dichosos con mis riquezas. Mi mujer, que tantas pruebas me ha dado de su generosidad, me ayudará indudablemente al logro de mis afanes. Haré un buen regalo de boda á *mi hermanita* Adela, cuando se case con el afortunado mortal que ha merecido su amor... alguna de mis fincas, por ejemplo... En cuanto á Andrés, es muchacho de talento... le nombraré administrador de mis bienes acá en Madrid, y al que tengo ahora le dejaré en Andalucía. Me alegro de no haberles visto. Habia jurado no visitar mas la casa de Adela, y apenas llegué á Madrid hice la tontería de dirigirme á ella. No estaban allí por fortuna... Eloisa me ha asegurado que su padre les ha socorrido, y que están bien. Lo creo siendo Mendilueta tan generoso y su hija tan inclinada á favorecer á los desgraciados. ¿Para qué necesito saber mas? No quiero verles, ni averiguar siquiera donde viven. Soy tan babieca que me parece echaria á rodar mi plan si volviese á ver á la encantadora Adela. Hasta en el sacrificio de mi amor quiero darle una prueba de mi respeto á su voluntad. Ojalá llegue el dia en que pueda presentarme á su vista sin recelo alguno para darle el título de hermana.

En este momento oyó el conde el ruido de un carruaje que se detenia á la puerta de su casa.

— ¿Quién será á estas horas? — pensó. — Tal vez algun acreedor rebelde que no se conforma con las condiciones generales.

El conde de Campofrio se quitó la bata, se puso el raglan sobre la levita, y tomando el sombrero y el baston, aguardó como en ademan de ir á salir de casa en aquel momento.

De repente se le presentó el banquero Mendilueta.

- El conde se apresuró á darle la mano.
- ¡Oh amigo mío! — dijo con alegre sorpresa — ¿quién me habia de decir que habia de tener á estas horas tan agradable visita?
- ¿Iba usted á salir?
- Para su casa de usted.
- Pues le he ganado á usted de mano.
- Si hubiera usted venido un poco antes, hubiéramos almorzado juntos.
- Gracias, Luisito — dijo Mendilueta con el desenfado de una familiaridad antigua — he almorzado perfectamente en casa.
- Sin duda mucho mejor de lo que yo podria ofrecerle.
- No lo digo por eso; sino que casualmente he tenido hoy un almuerzo á mi gusto, precedido por la indispensable docenita de ostras.
- Me gustan mucho tambien; pero solo cuando están muy frescas, y esto no es fácil que suceda siempre en Madrid.
- A mí me las traen muy ricas. Si no tuviera ostras no almorzaria nada.... eso sí, me contento con pocas.... solo una docenita, como he dicho antes... sin mas objeto que abrir el apetito.... ¡Y qué bien se sienta despues de ellas una botella de *Champagne*!
- ¿Todo eso antes de almorzar?
- A manera de prólogo.
- Ya veo yo que sabe usted darse buena vida.
- ¡Qué quiere usted! Ya es hora de que un pobrecito banquero que ha pasado largos años devanándose los sesos para reunir una fortunita decente, empiece á disfrutar de algunas comodidades.
- Es muy justo... pero tenga usted la bondad de tomar asiento.
- De ninguna manera, no quiero estorbar.... Usted tiene que hacer sus visitas...
- Ya he dicho á usted que iba á su casa...
- Allí encontrará usted á Eloisa... que por cierto le está aguardando.
- ¿Me está aguardando? ¿Tiene algo que decirme?
- Entre ustedes, los jóvenes, siempre hay cosas que decir. ¡Oh, quién pudiese volver á la edad de ustedes!
- ¿Sabe usted que ha escitado mi curiosidad?
- ¡Qué diantre! — y para sí añadió: — esto es lo que deseo.
- ¿Y no sabe usted poco más ó menos lo que me quiere decir Eloisa?



— No sé; pero puedo asegurar que nunca será cosa que deba serle á usted desagradable.

— Ya supongo que de tan amable señorita no puedo oír nunca nada malo.

— Ni sé yo tampoco si tiene que participar á usted alguna cosa particular.

— ¿Pues no dice usted que me aguarda?

— Por el deseo de ver á usted.

— ¿Y qué, tiene algo que decirme?

— No he dicho eso, picarillo.

— Habré oído mal.

— He dicho que entre jóvenes siempre hay de que hablar.

— Iré á verla con mucho gusto... si usted me lo permite.

— No necesita usted permiso de nadie para entrar en su casa. Usted es de la familia.

Y al decir esto presentó su mano á don Luis, que la estrechó afectuosamente diciendo:

— Mil gracias.

— ¡Preciosa ocurrencia! — exclamó Mendilueta riéndose á carcajadas. — Estoy cierto de que la aprobará usted.

— De seguro — respondió con gazmoñería don Luis.

— Yo me iba ahora á la Bolsa, y al pasar por aquí no he podido contener el deseo de ver á usted, y dejando la carretela á la puerta de la calle, me he subido corriendo.

— Ciertamente ha sido una buena ocurrencia — repuso don Luis.

— No, no.... perdone usted — alegó Mendilueta — no está todavía en eso la ocurrencia.

— ¡ Ah!

— Sino en lo que voy á decir á usted. La Bolsa está cerca de aquí...

— En efecto... no está distante.

— De consiguiente no me hace falta la carretela. Se sirve usted de ella ahora.... y cuando Eloisa crea que estoy de regreso.... se encontrará con la agradable sorpresa de verle á usted en mi lugar.

— Disimule usted; pero yo no puedo permitir...

— Otra cosa... otra cosa todavía mejor.

— ¿Y es?

—Se viene usted conmigo, me deja usted en frente de la Bolsa, y se va usted á casa...—Y Mendilueta pensó:—de este modo verán todos los bolsistas que llevo un conde en mi carretela.

—Como usted guste—dijo el conde—me tiene usted por todos estilos tan obligado, que siempre me hallará dispuesto á complacerle.

—Eso es la simpatía.... la simpatía que nos ha unido desde que nos vimos por primera vez. Yo tambien encuentro el mayor gusto en allanarme á sus deseos. Hemos de ser muy amigos.

—Como Pilades y Orestes—me dijo usted el otro dia.

—Es verdad ¿cómo se acuerda usted de eso?

—Hay chistes tan graciosos, y sobre todo tan nuevos, que dificilmente se olvidan.—Y añadió para sí:—es lástima que un hombre honrado y generoso como este sea tan botarate. No se equivocaba en la primera carta que me escribió.

—¿En qué piensa usted?

—En las agudezas de usted—respondió el conde—y particularmente en la de hoy.

—¿No es verdad que tiene gracia eso de presentarse usted solo en carretela, y ser esta carretela de la misma persona á quien va usted á visitar?

—Es una idea feliz—dijo el conde sin saber como poner la cara para sonreirse.

—Y lo principal es la sorpresa.

—¡Oh! la sorpresa...

—Cuando vea Eloisa que de su carretela favorita, porque la que está abajo es la que siempre elige para sus paseos, que de su carretela favorita sale el señor conde de Campofrio...

—¿Cree usted que se va á alegrar de eso?

—Muchísimo... le parecerá que ya es usted de la familia.

—¡De la familia!—pensó el conde—esto es favorable á mi plan,—y en alta voz añadió:—Cuando usted guste...

—Sí, sí, vámonos.

Y cruzando su brazo con el del conde, bajaron ambos familiarmente la escalera, y tomaron posesion de la carretela, que dirigió su curso hácia la Bolsa.

CAPITULO XXXI.

LA DECLARACION SIN AMOR.

Eloisa, elegantemente vestida, con mucho mas esmero y lujo que de ordinario, estaba verdaderamente encantadora, y aunque se complacia al ver en el espejo el tesoro de sus gracias y la deslumbradora riqueza de sus atavíos, parecia no estar satisfecha de sí misma.

—Estoy bien— decia puesta de espaldas al espejo; pero con la cara vuelta hácia él con donosura voluptuosa— ni un solo pliegue que afée la cintura... y como la tengo tan delgada.... Tambien me favorecen los rizos largos á la inglesa...—Y se colocó enteramente de frente á la cristalina luna.—Es tocado que nos está muy bien á las rubias. No sé si estaria mejor una rosa artificial de un encarnado muy vivo aqui á la izquierda donde empiezan á desprenderse los bucles; pero como he puesto ya un lacito azul...—Y diciendo esto, aproximó al lazo una rosa con dos capullitos y algunas hojas verdes.—No está mal... así lo dejo.—Y prendió la rosa junto al lazo azul.

La *toilette* de Eloisa no tenia mas defecto que estar sobrecargada de adornos.

Esta es la falta de las mujeres demasiado presumidas, y decimos demasiado porque ignoramos si seria posible hallar una mujer sin presuncion,

cuando hasta las que por su fealdad desacreditan al sexo que tan justamente tiene conquistado el título de *hermoso*, son las que mas presumen.

Concedemos á las hermosas una razonable presunción, como soberanas que son de los corazones humanos, porque de otro modo nos privarian con su indolencia, del realce que da la elegancia á las bellas formas de que las dotó naturaleza para avasallar á nuestro débil sexo, que nosotros mismos nos atrevemos á calificar de *sexo fuerte*, cuando el otro nos asesina con una sonrisa hechicera, ó una mirada llena de pasión.

Disculpable hubiera sido, y aun muy natural cierto amor propio en una jóven linda como la hija única del capitalista Mendilueta; pero el de esta beldad rayaba en orgullo estremado y fátuo, que no le era posible dominar y le enagenaba las voluntades de cuantos la trataban de cerca.

Todo el afán de Eloisa era, á la sazón en que la presentamos á nuestros lectores, agradar al conde de Campofrío, y ver si triunfaba sobre los atractivos de su desgraciada rival.

El amor que el conde profesaba á la inocente Adela, mortificaba á Eloisa únicamente porque ajaba su vanidad el saber que el hombre cuya mano ella solicitaba, estaba enamorado de una pobre bordadora; pero no sentía la rabia de los celos, porque no amaba al conde. Contentábase con separar á los dos amantes, para que le fuese mas fácil llegar á ser condesa; y con este objeto habia encargado á su padre que procurase contentar á la familia Ibarrola, á fin de que ninguno de sus individuos fuera un estorbo para la realización de sus proyectos.

Hé aquí por qué habia dicho Eloisa, en una de las pocas conversaciones que habia tenido con el conde, que Mendilueta habia socorrido á los Ibarrola y que nada les faltaba; y al decir esto, creyó Eloisa que decia la verdad; pero ni ella ni el conde sabian que la proteccion del banquero habia sido rechazada por el modo indecoroso con que el viejo usurero quiso inaugurarla.

Tranquila sobre este punto la ambiciosa Eloisa, se propuso esforzarse por ver si conquistaba el amor de don Luis, poniendo en parangón su afanosa amabilidad con el brusco desaire que el conde recibió de Adela.

Eloisa aguardaba al conde con fervorosa impaciencia.

Sabia que de un momento á otro habia de llegar, porque era una especie de cita que se habian dado en su última conferencia, que habiéndola tenido

en plena tertulia, no pudieron estenderla á ciertas esplicaciones que no era prudente aventurar delante de testigos.

Deseaba, pues, que el conde la sorprendiera en una postura elegante y digna; pero no sabia acertar en cual habia de ser la tal postura.

Habia dado orden á los criados que cuando el conde de Campofrío fuese á visitarla, le dejasen el paso libre, sin anunciarle, toda vez que era un amigo íntimo.

Eloisa ocupó un magnífico sofá desde el cual dominaba todo el patio, á cuyo efecto habia separado con disimulo el cortinaje de una vidriera.

Por este patio habian de pasar cuantos fuesen á visitar á nuestra graciosa heroína.

Los coches llegaban hasta la escalinata del peristilo que daba paso á la puerta principal de la escalera.

Sentada en el sofá, buscó una elegante posicion que dejase ver la punta de sus diminutos piés, y acodó el brazo derecho en el respaldo, inclinando la cabeza sobré la palma de la mano.

—No estaria mal así; pero me falta una cosa...

Levantóse de repente y corriendo salió de la sala.

Un minuto despues volvió á entrar y á tomar la misma postura; pero con un libro en la mano.

—Es un libro francés... esto da mas importancia... ¡Calle! ¿Y no estaria mejor sentada junto al piano... en ademan de estudiar?...

Eloisa corrió al piano, y se colocó efectivamente como si fuese á tocarle.

—¿Y si se empeña en que toque? No sé mas que el wals de *Albafior*.... esto es, la primera parte.... y solo con la mano derecha. Vale mas que el piano esté cerradito como siempre... Es un mueble que de nada sirve; pero es indispensable en toda casa decente.

Eloisa cerró el piano.

Era un magnífico piano de media cola, construido por el famoso Pleyel, de los premiados en las esposiciones de Lóndres y de París en 1834 y 1855.

Junto á este suntuoso instrumento habia otro de igual lujo.

Era una de las arpas mas bellas que han salido de la acreditada fábrica de Erard.

Eloisa habia manifestado á su padre deseos de aprender estos instrumentos, y su padre se los hizo comprar inmediatamente de los superiores y mas

lujosos, llamando los correspondientes profesores para que instruyesen á su hija; pero esta se cansó en breve de la música, y los maestros se despidieron voluntariamente.

Esto no era obstáculo para que Mendilueta se constituyese en una especie de *claque* de su hija y ensalzase hasta las nubes sus talentos filarmónicos, diciendo que las piezas que ella tocaba eran tan difíciles que no había mas que ella y sus compositores que pudiesen tocarlas.

Cuando Eloisa cerró el piano, exclamó:

—Mucho mas interesante estaré con el arpa..... á lo menos sé tocar en ella todo el *Tango americano*, y cantarlo tambien.

Eloisa colocó el arpa en frente del espejo y se sentó de cara á él.

—¡Oh qué lindo grupo! No puede haber nada comparable á una mujer hermosa tocando el arpa. Ahora que ya sé que es la mejor posicion que puedo tomar, pondré el arpa en otro sitio. Aquí está bien.....—colocándola en otra parte— que el conde me vea perfectamente al entrar,... Lo dejaré todo preparado, y así que le vea llegar á la puerta de la escalera... me sentaré... y estoy cierta de que he de sorprenderle.

Eloisa se puso en acecho detras de los cortinajes de la vidriera que daba vista al peristilo, y su genio vivo y soberbio la predisponia al mal humor escitado por la impaciencia con que aguardaba al conde de Campofrio, cuya tardanza era un martirio para la colérica jóven, que no habia olvidado la gracia adquirida en su niñez, de patear el suelo y desgrefñarse cuando las cosas no salian á su gusto, dejando las convulsiones para el último recurso de sus frecuentes rabietas.

De vez en cuando abandonaba Eloisa el acecho para hacer una consulta al *mudo lisonjero*, como llama uno de nuestros antiguos poetas al espejo de una mujer bonita, y contemplando su angelical hermosura, se consolaba del martirio que la tardanza del conde la hacia sufrir.

Una vez que estaba acariciando sus rizos de oro, sonó de improviso en el patio el ruido de un carruaje que acababa de entrar.

—¡El es!—exclamó con júbilo la aspirante á condesa—y corrió á asegurarse si era en efecto el conde, cuando para desgracia suya vió que el carruaje recién llegado era su propia carretela, y calculó que el que en ella venia seria su padre.

En vez de apoderarse del arpa y formar con ella el elegante grupo que

con tanto esmero habia ensayado, derribó el magnífico instrumento de un puntapié, y llena de cólera exclamó:

—¡Es mi padre! ¡Siempre ha de hacer necedades! Hemos quedado en que recibiria yo sola al conde... y vuelve mas pronto que los demas días!... Todos se complacen en contrariar mis deseos!

Eloisa vuelta de espaldas á la puerta, se abandonó á los ímpetus de su cólera, y despues de haber derribado el arpa, arrojó tambien la rosa de su tocado, deshaciendo el lazo azul que se quedó malamente prendido entre los despeluznados bucles.

En este momento apareció el conde bajo el dintel, y viendo el pataleo de Eloisa, arrastró un poco los piés antes de saludarla, para que la jóven se repusiera en su estado normal.

Eloisa creyó que era su padre el que entraba, y con los malos modos que acostumbraba, le dijo:

—Ya puede usted volverse, pues aquí no me hace usted falta ninguna.

—Pues señor—pensó el conde—¡amable recibimiento! esta me da las calabazas antes de escuchar mi declaracion.—Y en voz alta añadió con respetuoso acento:

—Señorita... si tanto molesta á usted mi presencia...

—¡Cómo! ¿Es usted conde?—exclamó Eloisa llena de confusion.

No atinamos á describir la turbacion de la vanidosa jóven.

Despues de tantos afanes por parecer bien al conde, despues de haberse peinado con tanto esmero y haber vestido con tan esquisita elegancia, despues de haber consultado al espejo el como habia de asestarle sus lánguidas y homicidas miradas, despues de haber estudiado hasta la sonrisa que mas realce daba á su hermosura, y sobre todo, despues de haber ensayado el poético grupo que con su arpa habia de ofrecer al conde... el arpa yacia en el duro suelo, y el señor de Campofrio sorprendió desgreñada y pateando como una rabanera, á la que pensaba ofrecerse á su vista mas encantadora que Malvina

«Pulsando ante Fingal las cuerdas de oro.»

—Yo soy, señorita—respondió el conde inclinándose con el sombrero en la mano.

—Perdone usted..... ¡perdone usted!...—alegó Eloisa esforzándose por reir.

—No hay de qué.

—Tome usted asiento... ¿Ha encontrado usted por la escalera á mi papá?

—No por cierto.

—He visto entrar la carretela, y figurándome que era él quien invadía el salon... le he dirigido una chanza...

—Ya se conoce que está usted de buen humor...

—¿Por qué me dice usted?...

—Porque me parece que cuando yo entré estaba usted ensayando alguna polka mazourka.

—¿En el arpa? No señor..... me estaba acompañando la *romanza del Otello*... que hacia algun tiempo no habia cantado... Así es que me he perdido á lo mejor y me ha dado tal coraje..... que de un empujón he tirado el arpa donde usted vé.

—¡Bravísimo!— exclamó el conde— eso es poseer un corazon de artista.— ¿Y cuando tendrá el gusto de oír á usted?

—Nunca. Hoy he resuelto no cantar mas ni poner mis dedos en el arpa ni en el piano.

—Vamos, que no será usted tan severa.

Eloisa acababa de sentarse en un sofá é hizo seña á don Luis para que se sentára en la inmediata silla.

El conde se sentó mientras la jóven le replicaba de este modo:

—Crea usted que cuando yo resuelvo una cosa...

—¿Y tendrá usted valor para privar á sus amigos del placer de oirla?

—¿Y qué perderán con eso?

—La delicia de oír á una sirena.

—¡Jesus que exajeracion!

—No lo es; usted atesora la hermosura de una sirena, su voz de usted es seductora cuando habla, y es presumible que cuando cante avasalle á sus oyentes.

—No hay duda que estoy hermosa con estos tirabuzones deshechos á manera de perro de aguas.

—¡Que diga usted semejante blásemia! ¡Compararse á un perro de aguas!...

—Ya se vé que sí.—Y levantándose, se aproximó al espejo y exclamó:—
¡Uf! parezco una furia infernal.

Eloisa alinó un poco sus tirabuzones y volvió á sentarse.

—Si las furias del infierno se pareciesen á usted, ya podría uno ir á pa-
rar sin miedo á las regiones de Pluton.

—Me iba á peinar cuando usted ha llegado.

—Está usted muy bien así. No parece usted española, si no una de esas
beldades extranjeras...

—Eso me han dicho muchas veces..... que no parezco de aquí.

—¿Y lo siente usted?

—No por cierto... Es la España un país tan atrasado...

—¿Es usted también de opinion que el Africa empieza en los Pirineos?

—Algo hay de eso.

Al oír esta contestacion, pensó el conde:

—Es tan tonta como su padre... no es defecto en una mujer propia...—
y en alta voz continuó:—Siendo así no querrá usted casarse con un afro-
cano.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque no todas las hermosas tienen el mal gusto de Edelmira.

—¿Qué señorita es esa? Tal vez alguna sevillanita...

—La jóven que se casó con el moro Otelo.

—¡Ah! ¿la de la romanza?

—La misma, aunque con el nombre de Desdémona, que no he visto en
ningun calendario. Usted tiene mejor gusto, y en vez de buscar su marido
entre africanos ó españoles, que todos somos unos, preferirá un elegante de
París ó acaso un rubicundo hijo de Albion.

—Si me fuera permitido elegir esposo, no iria ciertamente tan lejos á
buscarle—repuso Eloisa mirando lánguidamente al conde.

—¿Y sería usted capaz de contentarse con un español?

—Hay españoles que indudablemente pueden competir con lo mas selec-
to de la aristocrácia extranjera.

—Ya lo comprendo, y entre estos españoles habrá alguno sin duda bas-
tante dichoso para merecer la predileccion de usted.

—Tal vez ¿pero cree usted que por merecer mi predileccion debiera te-
nerse por dichoso?

— Si esa predileccion es hija del amor ¿qué mayor dicha para un hombre que ser amado de una jóven tan llena de encantos?

— ¡Llena de encantos! ¿Y dice usted ahora lo que siente?

— Es una verdad que está á la vista de cuantos conocen á usted.

— Mil gracias por la galantería; pero yo estaba en la inteligencia de que para un enamorado no habia en el mundo mas encantos que los del objeto de su amor.

— Y cuando así sea...

— ¿Ha olvidado usted cierta escena sentimental, en que delante de mí representó el papel de victima?

— Debo olvidarla, señorita; porque en efecto, hice un papel verdaderamente desairado.

— Eso sucede cuando se sale uno de su esfera.

— Tiene usted razon; pero para todo hay enmienda en este mundo.

— ¿Y de veras trata usted de enmendarse?

— Va en ello mi felicidad, y si encontrase una jóven capaz de hacerme feliz...

— ¿Se casaria usted con ella?

— ¿Por qué no? En mi posicion social no debo permanecer soltero: Me encuentro aislado en el mundo...

— Debe usted andar muy cauto en la eleccion de esposa. Despues de la consabida leccion... reflexione usted bien lo que hace.

— Es verdad, y lo he reflexionado ya mucho.

— De ese modo habrá usted renunciado para siempre al amor de Adela.

— Ya vé usted, seria una locura alimentar un amor sin esperanza.

— Y un amor que es indigno de usted. El conde de Campofrio debe aspirar á la mano de una jóven de la buena sociedad.

— Estoy resuelto á no casarme...

— ¡A no casarse! — exclamó con desagrado Eloisa.

— Si no hallo correspondencia en la mujer que me imagino.

— Sin duda la desea usted noble.

— Precisamente noble de nacimiento no, porque me basta que sea honrada, y que me haya dado pruebas de que se interesa por mi felicidad.

— ¿Y no conoce usted ninguna en Madrid que se halle en este caso?

— Una conozco á quien debo mucho.

— ¿Y es del agrado de usted?

— Figúrese usted que su belleza física no tiene mas que una rival.

— ¡Una rival! ¿Qué rival es esa?

— La belleza de su corazón.

— Tal vez se deja usted alucinar por las apariencias.

— Tengo pruebas irrecusables de su generosidad.

— ¿Y la ama usted?

— Desearia corresponder dignamente á sus bondades.

— ¿Tanto ha hecho por usted?

— Ha salvado mi honor y mi fortuna.

Al oír esto ya no dudó Eloisa que era ella á quien aludia el conde, y su corazón palpité; pero no palpité de amor, sino de placer por ver su orgullo satisfecho.

Ya no dudaba de que en breve seria la condesa de Campofrio.

— ¿Y no sabe usted qué sentimiento ha guiado á esa jóven al interesarse por la felicidad de usted?— preguntó con ternura.

— Cualquiera que haya sido, se ha hecho digna de mi eterna gratitud.

— Tal vez impelida por su amor...

— ¡Oh! si eso fuera....

— ¿Qué haria usted?

— Me consideraria el mas dichoso de los mortales.

— ¿Por qué?

— Porque me veria en el caso de poder pagar los beneficios recibidos.

— ¿De qué modo?

— Dándole la mano de esposo.

— ¿Y nada mas?

— Y dedicando toda mi vida á hacerla dichosa.

— Veo que es usted agradecido.

— ¿Y le parece á usted mal?

— No por cierto, apruebo los sentimientos de usted.

— Pues si usted los aprueba, Eloisa ¿qué mas puedo apetecer?

— Que los apruebe tambien la interesada.

— ¿Y no adivina usted quién es la interesada?

— Hace rato que lo presumo.

— ¿Y no me da usted un consuelo?

—¿Qué consuelo es el que usted desea, amigo mio?

—El saber que usted me ama.

—Me parece haber dado pruebas de ello.

—¿De veras me ama usted?

—Sí, amigo mio, y si logro ser correspondida, nada me quedará que desear en el mundo.

—¿Puede usted dudarle? Usted me ha salvado la vida... se la debo á usted... no hago mas que lo que es justo consagrándola entera á su felicidad.

El conde, por mas esfuerzos que hizo, no pudo pronunciar una sola vez que la amaba, porque aun en aquellos momentos ardía otro amor en su pecho.

Amaba con mas delirio que nunca á la pobre Adela; pero queria hacerse la ilusion de que podria vencer un amor que por ningun estilo creia conveniente desde la terrible cuanto inesperada repulsa de su amada.

El conde no sentía por Eloisa mas que una tierna emocion de gratitud, y aunque la hija del banquero conocia todo esto, no hallaba en ello el menor motivo de afliccion, toda vez que marchaban las circunstancias á su gusto, y que ya no dudaba de que en breve perteneceria á la aristocracia madrileña.

Poco duró ya la conversacion que tan buen giro habia tomado para la ambiciosa Eloisa.

El conde no quedó tan satisfecho, pues si por un lado le halagaba el placer de premiar de una manera digna los beneficios que habia recibido, por otro sentía una desazon incalificable, que tenia todas las trazas de un cruel remordimiento á pesar de que no creia incurrir en falta alguna.

Despidióse de la hija de Mendilueta, que se le mostró sumamente amable y complacida, y con vivos deseos de volverle á ver cuanto antes.

El conde de Campofrio salió triste de casa del banquero, sin poder atinar con la causa de su melancolia.

—¡Es fuerte cosa! — reflexionaba al bajar la escalera. — Desde que vuelvo á poseer mis riquezas soy mas desgraciado que nunca. Acabo de hacer la amorosa conquista de una jóven rica y hermosa, y mi corazon está lleno de amargura. ¡Soy el ente mas original que hay en el mundo!

CAPITULO XXXII.

PADRE É HIJA.

El banquero Mendilueta estaba deseoso de regresar á su casa con la esperanza de que su *mimado pimpollo* le colmase de parabienes por la *feliz ocurrencia* de haber obligado á que admitiese su carretela el conde de Campofrio para visitar á Eloisa.

Y subió de punto la seguridad que tenia de haber llevado á efecto un pensamiento sorprendente, cuando vió que el agraciado rostro de su hija estaba radiante de júbilo.

Eloisa recibió á su *buen papá* con la sonrisa de una mujer dichosa.

—¿A ver ese rostro?—dijo Mendilueta, y puso las yemas de los dedos de su diestra debajo de la barba de su hija mirándola con agrado.

—¿Qué tiene mi rostro?—preguntó á su vez Eloisa riéndose.

—Eres un ángel cuando estás alegre.

—¿Solo cuando estoy alegre?

—Ya se vé que sí, porque cuando te enojas.... ¡Dios me libre!... te pones mas horrenda que el mismo Lucifer... me das miedo.

—Pues por ahora no le espantaré á usted.

—Ya sé que estás de buen humor, y que tienes hoy obligacion de ser muy amable conmigo.

—¿No lo soy siempre?

—¡Tú! ¡tú siempre amable conmigo!...

—En esa inteligencia estoy.

—¿Y cuando me pierdes el respeto?

—No diga usted eso... yo soy incapaz de incurrir en tan grave falta.

—Menos cuando me insultas.

—¡Yo!

—Cuando me dices que todo lo hago mal.

—Esas son bromitas de una hija cariñosa.

—¿Y también son bromitas los gritos desaforados con que me aturdes?

—¡Yo gritos!

—Y las frecuentes enfadinas...

—¡Las enfadinas!... ¡vaya un termino!...

—Y el pataleo... y los espumarajos... y los revolcones... ¡Qué fea! ¡Qué horrible estás entonces!

—Es usted tan ponderativo... Usted sí que me insulta á cada instante; pero tiene usted fortuna...

—¿De qué?

—De que hoy es dia de olvido... de amnistía amplia y uniyersal...

—Ya lo sé.

—¿Qué sabe usted?

—Que has tenido una interesante visita.

—Es cierto.

—¿Y no me la agradeces?

—¿A usted?

—¿Y no alabas mi ocurrencia?

—¡La ocurrencia de usted!

—¿Ves como te desentienes? ¿Ves como no eres justa conmigo? ¿Ves como eres una ingrata?

—No comprendo...

—¿Y la sorpresa?

—¿Qué sorpresa?

—La del coche... ¿También dirás que ha sido una necesidad mia?

—Si usted no se explica mas claro...

—¿En qué carruaje ha hecho el conde su entrada triunfal?

—¿Dónde?

—Vamos, te haces la inocente por no tener que darme las gracias.

—¿De qué?

—De haberte mandado al conde en mi carretela.

—Ya... ya... ahora le comprendo á usted.

—¿Y no alabas mi feliz ocurrencia?

—¡Muy feliz por cierto!... No me recuerde usted semejante necedad.

—¡Necedad! ¿Ves lo que digo?

—Me va usted á poner de mal humor si continúa hablándome de eso.

—¿Pero por qué?

—Porque cuando llegó el carruaje y ví que era el nuestro...

—Te habrá causado una agradable sorpresa ver que salía de él...

—Creí que venía usted.

—¿Y qué?

—Y por poco me da un ataque de nervios...

—¿De alegría?

—De rabia... cuando estaba esperando al conde, y quería que me encontrase abrazada al arpa....

—¿Y qué?

—Me ha encontrado echa una furia, desgreñándome, pateando el suelo de rabia...

—¿Por qué razón?

—Porque creí que era usted el que llegaba, ya lo he dicho.

—Y por un efecto de amor filial...

—Por la necedad de haber prestado la carretela, me ha sorprendido el conde en un estado repugnante...

—¡Si no tuvieras tan mal genio!...

—Si no hiciera usted tonterías... pero á bien que en el pecado lleva usted la penitencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que tiene usted que comprarme otra arpa.

—¡Ah! ya..... para tocar á cuatro manos con el conde. No sabía yo que fuese también arpista.

—El arpa que ha de comprar usted, es para reemplazar la que tengo.

—Pero si la que tienes es la mejor que se ha construido en París.

- Era.
- Era y es... como que está nuevecita... apenas la tocas...
- Hoy está inservible.
- ¿Qué me dices?
- Lo que usted oye... que está inservible mi arpa.
- ¿Como así?...
- Como que ha rodado por el suelo.
- ¡El arpa! ¡Un instrumento tan magnífico! ¿Se te ha caído?
- La he tirado con rabia.
- ¿No te quiere el conde de Campofrío?
- No es el conde el culpable.
- ¿Pues quien?
- Usted.
- ¡Yo culpable! ¿De qué?
- De haber hecho venir al conde en la carretela de casa.
- ¡Y creía yo que no había verificado cosa mejor en mi vida!
- Se conoce que no entiende usted mas que de negocios comerciales.
- Podrá ser.
- Tambien me temo que ha echado usted á perder otro asunto.
- ¿Cual?
- ¿Ha visto usted á alguno de los de la familia Ibarrola?
- No por cierto, y me ha estrañado mucho que no haya vuelto el jóven á quien ofrecí una brillante colocacion.
- Tampoco ha venido su hermana á buscar los pañuelos que prometió bordarme, y esto es muy significativo.
- ¿Lo crees así? —preguntó algo sobresaltado Mendilueta.
- Es indudable.
- Ya trataré yo de averiguar donde viven...
- Milagro será que no haga usted un nuevo desatino. Afortunadamente ya no pueden perjudicarnos.
- ¿En qué te fundas?
- En que el conde está desengañado.
- ¿No quiere ya á la muchacha?
- Y está avergonzado de haberla querido.
- Eso es muy bueno. ¿Y como lo sabes?

—Me lo ha dicho él mismo; pero ya lo sabia yo antes de que me lo dijera.

—¿Lo sabias antes?

—Debía presumirlo... y es estraño que no lo presumiese usted tambien.

—Yo... me figuraba...

—Debía usted figurarse lo que era muy natural; que al tratarme á mí... olvidaria en breve á esa locuela.

—Es cierto..... ¿cómo habia de compararse una pobre jóven con la hija de un capitalista?...

—Y aun cuando no mediase esta circunstancia, yo creo que sin vanidad, algunos atractivos mas tendré que aventajen de mucho á los de esa jóven, cuya belleza no pasa de ser una cosa adocenada..... ¡y quererla comparar conmigo!...

—¡Qué disparate! No digo yo esa muchacha, que como tú dices es una hermosura vulgar de las que se hallan á cada esquina, sino la que reuna en Madrid mas hechizos no puede ponerse en cotejo de tí.

—No digo yo tanto; pero...

—Tú no tienes que envidiar nada á nadie..... Desde pequeña has sido siempre muy mona..... con esa boquita de querubin y esos ojuelos tan pica-rillos... Me acuerdo que cuando tu pobre madre, que del cielo goce, te me-
cía en su regazo, decia siempre: « la chiquilla será lo mismo que su padre. »

—¡Dios me libre!

—¿Por qué?

—Porque es usted bastante feo, papá.

—Pues tu madre, que era mujer de un gusto muy delicado, no opinaba como tú.

—Si no fuese por esa nariz tan abultada—repuso riéndose Eloisa— aun podria usted pasar.

—La nariz abultada..... lejos de ser un defecto es una recomendacion. ¿Hay cosa mas horrenda que una nariz aplastada?

—Hay hombres que no son chatos ni narigudos... El conde de Campofrio por ejemplo...

—Es guapo, no puede negarse; pero tú tambien le miras con ojos de enamorada.

—¿Sabe usted, padre, que creo tiene usted razon?

— Como siempre, aunque tú no quieres dárme-la nunca. ¿Y en qué la tengo ahora?

— En que empiezo á mirar al conde con ojos de enamorada.

— Eso ya lo sabia yo.

— Pues yo no lo sabia. Todo mi afan era ser condesa.

— ¿Y no tienes ese afan ahora?

— Sí señor; pero me gusta mucho saber que el conde me ama y que por mí ha olvidado su primer amor. Me parece que tambien le voy queriendo.

— Tanto mejor, así serás condesa, y tendrás ademas un marido á tu gusto.

— Pero eso creo que no se estila en la alta sociedad.

— ¿El qué?

— El querer al marido.

— No es de la última elegancia; pero...

— Es que yo no quiero separarme del rigor de la moda.

— Y harás muy bien.... Sin embargo, lo que es antes del casamiento es preciso que estés muy enamorada...

— Me parece que no me costará esfuerzo...

— Porque ya ves... si llegase el conde á figurarse que no le quieres...

— Descuide usted... Corre de mi cuenta el avasallarle.

— Como nos han sucedido ya tres chascos...

— Han sido tres lecciones... y he quedado amaestrada para que el conde no se me escape.

— Me gusta oírte hablar con una seguridad tan consoladora. Eso me prueba que la conferencia de hoy ha dado todo el buen resultado que podiamos apetecer.

— El que debia dar.

— ¿Y habrá habido su correspondiente declaracion, verdad? Y te habrá dicho...

— Que soy encantadora...

— Y tiene razon.

— Que me peino con mucha gracia...

— Ya se vé que sí.

— Que soy muy elegante...

— Seria preciso no tener ojos para dejarlo de ver.

— Y muy bien educada...

— Merced á mis afanes y desvelos.

— Y que canto muy bien...

— ¿Te ha oído cantar?

— No señor; pero dice que se conoce por la voz que la tengo muy agradable y sonora... y que hablo con mucho talento...

— Menos cuando me regañas. Por lo que veo está enamoradoisimo de ti.

— Sí señor.

— ¿Si habrá vuelto á ver á esa pobre familia que le llevaba descarriado?

— No señor, ni quiere verla mas. Me ha encargado mucho que si deseaba complacerle, no le hablase en mi vida de semejantes sugetos, porque está avergonzado de haber podido pensar en emparentar con ellos. Ni usted ni yo debemos recordarle nunca un estravio que tanto le mortifica... me lo ha encargado sobremanera.

— Pierde cuidado... yo te prometo que no le hablaré nunca de semejante debilidad. ¿Hoy habreis adelantado poco?

— Así, así.

— De parte del conde no habrá habido mas que alguna que otra indirectilla entre sus galanteos.

— ¿Sobre qué?

— Sobre el casamiento..... No se hizo Zamora en una hora, suele decirse..... y él se irá explicando. Por de pronto es muy bueno que estés segura de haberle agradado.

— Y de algo mas.

— ¿Qué es eso? A ver, explica ese algo mas.

— Hemos hablado tambien de nuestro casamiento.

— ¡Sopla! ¿Y cómo piensa sobre este particular?

— Con mucho juicio. Estaba deseando saber si yo le amaba para tener ocasion de premiar debidamente mis beneficios, dedicando toda su vida á hacerme dichosa.

— ¿Eso ha dicho?

— Y otras muchas cosas á cual mas galantes.

— ¿Es decir, que de un momento á otro va á pedirme tu mano?

— Tal vez no lo juzgará indispensable.

— ¡Como! ¿podrá creer que no es necesario mi consentimiento?

- Digo yo.
- El consentimiento de un padre...
- Como soy yo y no usted quien se ha de casar.
- Pero siempre necesitas mi permiso.
- Bueno es obtenerle; pero no es circunstancia de absoluta necesidad... y aun me parece mas elegante casarse á disgusto de papá.
- Pero si ya sabeis que no es á disgusto mio...
- ¡Qué lástima!
- ¿Estás en tu juicio? ¿Por qué ha de ser lástima?
- Porque de otro modo seria mas ruidoso mi enlace.
- Vamos, vamos, no digas vaciedades.
- Un rapto, por ejemplo...
- ¡Eloisa! — gritó Mendilueta con enojo.
- Hubiera sido muy novelesco.
- ¿Quieres callar?
- Papá, mi querido papá... — repuso Eloisa con ternura.
- ¿Qué quieres?
- Pedirle á usted un favor.
- Y Eloisa se abrazó afectuosamente al cuello de su padre.
- Tú solo eres cariñosa conmigo cuando tienes que pedirme algo.
- ¿Me promete usted complacerme?
- Ya sabes que esos son los afanes de toda mi vida.
- Necesito una respuesta menos evasiva... mas terminante.
- Y antes de darla necesito yo tambien una esplicacion mas franca de tí.
- Eso es que no me quiere usted.
- ¡A Dios! ¿Vas á apelar al pataleo? ¿Vas á ponerte fea?
- Nunca me ha tratado usted con tanta crueldad... Se conoce que aprueba usted mi casamiento solo para deshacerse de mí.
- No sé á que vienen ahora esas reconvenciones.... Cuando mas alegre debieras estar... ¡Qué genio!... ¡Jesus qué genio!
- Digo bien... es usted un tirano...
- Vamos, explicate ¿qué pretendes de mí?
- Antes quiero que me prometa usted darme gusto.
- Segun lo que sea.
- Una cosa de la cual depende mi felicidad.

—Pues bien, prometo darte gusto, si verdaderamente depende tu dicha de ello.

—¡Siempre condiciones!

—Habla ¿qué deseas?

—Que desapruebe usted mi casamiento.

—¿Y depende tu dicha de mi desaprobacion?

—De ella depende que se hable mucho en la corte de los amores de la hija de un gran capitalista con el interesante jóven conde de Campofrio... y me place tanto dar envidia á las demas mujeres y hacer que la corte entera se ocupe de nosotros... que... no lo dude usted, papá, cifro en ello toda mi felicidad... Es tan vulgar eso de casarse sin tropiezo alguno... es tan prosáico... tan plebeyo... Vamos, papá, sea usted amable una vez en su vida y niégue me su consentimiento.

—Está bien—dijo enojado Mendilueta— me opondré á tu casamiento una vez que así lo deseas.

—¡Oh! gracias, gracias, papá!... Ahora sí que va á dar golpe mi enlace... Si usted que tiene mas esperiencia me ayudase á combinar un rapto....

—No quiero ayudarte en nada, y una vez resuelto á desaprobar tu matrimonio, seré inexorable contigo.

—Eso, eso debe usted hacer...

—Arrojaré al conde de mi casa.

—¡Magnifico! Y yo le escribiré que me salve de la tiranía de mi opresor.

—Y te meteré en un convento.

—¡Soberbio! Y vendrá mi amante á sacarme de él como... no sé qué rey á... no sé qué señorita.

—Y mi maldicion...

—Es verdad—esclamó Eloisa con gran placer—no me acordaba de la maldicion... precisamente lo mas hermoso...

—Y os negaré todo apoyo... y retiraré las promesas que he hecho á Campofrio...

—¿Qué promesas?—preguntó con sorpresa Eloisa.

—Las de pagar á sus acreedores y salvar su fortuna y...

—¿Qué dice usted?—preguntó Eloisa alarmada.

—Que el conde se quedará pobre como antes.

- Eso no, eso no me conviene.
- Lleno de trampas...
- De ningún modo.
- Y tú mas pobre que él.
- ¡ Yo!
- Tú — exclamó Mendilueta con enojo.
- ¡ Válgame Dios qué enojado está usted!
- Empezaré por desheredarte.
- ¡ Dios mio!
- Y tendrás que ir á pedir limosna.
- ¡ Ay!... ¡ ay!... no sé qué siento...
- Y Eloisa se dejó caer sobre un sofá.
- Ya que te empeñas en que desapruébè tu casamiento...
- Sí, pero...
- Nada, nada, seré severo.
- ¡ Papá! — repuso Eloisa en tono de súplica.
- Inexorable...
- Me asusta usted; y si continúa á hablarme de esa manera me vá á dar la pataleta.
- ¿ No quieres tú que desapruébe tu casamiento?
- De ese modo no... Si usted le desaprobase en la apariencia... solo en la apariencia para que se hablase mucho de él, podria usted ayudarnos á combinar un rapto decente...
- Todo eso son tonterías que has leído en las novelas. Hé aquí lo que se aprende en esos malditos librajos. Déjate de esas escenas de teatro, y toda vez que estás segura de que el conde te ama, fijemos el dia de tu casamiento, y celebrémosle con toda pompa, con un lujo deslumbrador, con saraos y festines, y verás como de este modo se habla tambien de nosotros.
- Es verdad — exclamó con alegría la vanidosa jóven — y para que vea usted que soy una hija obediente y respetuosa, me allano enteramente á los deseos de usted.
- ¡ Bravisimo! Venga un abrazo de reconciliacion.
- Padre é hija se abrazaron.

CAPITULO XXXIII.

EL CONTRASTE.

Hay una época del año, y esta es la mas bulliciosa y alegre para todas las clases de la sociedad mas ó menos acomodadas, que por esta misma razon hace mas sensibles á los pobres los horrores de la indigencia.

Esta época empieza en la NOCHE-BUENA y termina en el día de los SANTOS REYES, para reproducirse en *carnaval*.

El mazapan, la sopa de almendras y el besugo, que, esceptuando los verdaderos pobres, todo el mundo come á dos carrillos, inauguran el desfreno universal de aquellos dias de júbilo, de holganza y de gastronómicas heroicidades, al estruendo de panderetas y rabeles.

No parece sino que el año que acaba y el año que comienza luchan á porfia para escitar en la humanidad entera una especie de frenesí hácia toda suerte de goces materiales.

Empecemos por la semana del año que se despide, y veremos que no hay en el mundo cosa mas jovial y alimenticia.

Todos los que suelen dar un paseo en estos dias por la plaza Mayor, y no es la primera vez que lo decimos, no pueden morir de hambre en un año.

La atmósfera está impregnada de sustancias succulentas, por manera que se cuela uno en la plaza por cualquiera de sus avenidas, y con solo olfatear

caninamente, y recrear la vista en la contemplacion de los diversos y abundantes objetos alimenticios que la inundan, por escualido y cadavérico que esté al entrar, sale de aquel sabroso mercado, gordo y colorado como un tudesco.

Desde el artesano al magnate nadie piensa mas que en engullir, en beber y en bailar al compás de una orquesta diabólicamente acatarrada, que produce un estruendo antipático y desollador, al que solo pueden aclimatarse hombres, si no de buen gusto, de buen paladar y estómago de buitre; dando comienzo á esta indispensable tarea en la noche del 24 en celebridad de la venida del Salvador al mundo.

Hubiéramos querido hacer una detallada esplicacion de lo que es en Madrid la Noche-buena; pero nos acordamos que nuestro festivo amigo Viller-gas describió con bastante exactitud y mucha gracia esta solemnidad, y creemos dar agradable variedad á nuestro libro, intercalando entre nuestra humilde prosa los donosos versos del popular escritor que acabamos de citar. Hélos aquí:

Sobre el mundo de rondon

Se encaja la *noche-buena*,

Noche de satisfaccion,

Porque en ella no se cena

Pero se hace colacion.

Yo que por lo estrafalario

Jamas encontré segundo,

Soy de fiestas partidario,

De las que recuerda el mundo

Sin mirar el calendario.

De estas fiestas en que atruena

El mundo en jovial jarana,

Quitando al pecho una pena

Y á la cabeza una cana,

La primera es *noche-buena*.

Ella nos brinda á reir,

Aunque uno no tenga un cuarto,

Tan solo con discurrir

Que está la Virgen de parto

Y á las doce ha de parir. —

De esta noche con porfia
Quiero hablar á troche y moche ;
Pero es grande boberia
Meterme á hablar de la noche
Sin decir algo del dia.

Hay algo en mi parecer
De molesto y de pesado,
Y así debe suceder
Porque no todo ha de ser
Tortitas y pan pintado.

—A mi puerta un empujon

Siento dar : ¡Dios Nazareno!

Digo con admiracion.

¿Quién me interrumpe?—El sereno.

—¿Qué pretende?—Colacion.

¡Tan, tan, tan!—¡Voto al demonio!

¿Quién?—Un mozo.—Esto va malo.

¿Qué pretende ese bolonio?

—De parte de don Antonio

Trae un pollo de regalo.

Esto, dirán mas de cien ,

Que al mas estúpido halaga ;

Pero ellos no saben bien ,

Que amor con amor se paga ,

Y hay que regalar tambien.

La buena intencion alabo

Mas yo sé que me aniquila ;

Pues devuelvo al fin y al cabo

Por un mal pollo un buen pavo,

Y por un pez una anguila.

—¡Tan, tan, tan!—¿Quiere algun sueco

Jugar con mi humor al tango?

—A la puerta está muy hueco

El repartidor del Eco.

—¿Y quién mas?—El del FANDANGO.

Esto no me maravilla;

Veamos qué dicen hoy

Los papeles de la villa:

Los tomo; á mirarlos voy

Y me encuentro esta quintilla.

«En tan solemne ocasion

El repartidor hecho ascuas,

Pide con buena intencion

Que le deis la colacion

Y tengais felices pascuas.»

—Gracias.—¡Tan, tan!—¡Qué suplicio!

¿Quién?—El aguador.—Que suba

Si viene á hacerme un servicio;

Mas, ¿qué veo? Mal indicio

Porque viene sin la cuba.

Tambien de buena intencion

Con el corazon hecho ascuas,

Me pide la colacion

Y me da felices pascuas.—

Mil gracias por la atencion.

—¡Tan, tan, tan!—Jesus que aprieto.

Otro bienhechor *in nómine*.

Con mucho amor y respeto

Viene á pedirme un soneto

El repartidor del DÓMINE.

Temiendo por lo que veo

Las resultas de esta lid,

Marcharme luego deseo

Y corro á dar un paseo

Por las calles de Madrid.

De la plaza con cachaza

Voy buscando los senderos;

Huyo de los pasteleros

Y al fin me encuentro la plaza

Plagada de turroneros.

Mil voces en confusion

Me horripilan al instante.

—¡Turron! ¡quién quiere turron!

¡Al buen turron de Alicante,

De Gijona y de Gijon!

De tan fiera algarabía

Huir al instante pienso,

Pero encuentro ¡suerte impía!

Que me ha sitiado el inmenso

Regimiento de *pavia*.

Gastarme mas de un ochavo

Pensaba yo satisfecho,

En un mercado tan bravo,

Y me encuentro con despecho

Que todo es *moco de pavo*.

Voime á Santa Cruz, no marra,

Digo; y parto hecho una bomba:

Y el oido me desgarrá

El *chirris* de la chicharra

Y el *zum*, zum de la zambomba.

De tan horrible bolina

Quiero partir al momento;

Pero encuentro á una vecina

Y un chico como una encina,

Que me pide un nacimiento.

Entonces no sé lo que hablo;

Tomo un coche hasta la noche

Y parto como un venablo,

Pues ya que me lleve el diablo

Quiero que me lleve en coche.

Y así paso, voto á san,

Hasta que llega por fin

La noche, y juntos se van

Con el esplin el afan,

Con el afán el esplin.

Veo una mesa escelente

Que gozo y valor engendra,

Y con voz muy elocuente —

Me da gritos dulcemente

La dulce sopa de almendra.

Buena nuez, rica avellana,

Y otros mil manjares buenos;

Que en días de tal jarana

Echa el qué mas y el que menos

La casa por la ventana.

Y pues me quita la pena

Repetiré mi canción,

Que la noche es noche buena

Porque en ella no se cena

Pero se hace colación.

Mas la colación se agota

Y entre gentes de mi rango

Todo vicho se alborota;

El uno pide una jota,

Y el otro quiere fandango.

Cantan cuatro y bailan diez

Al son del re, mi, fa, sol,

Que acompañan á la vez;

Uno con un almirez

Y el otro con un perol.

Se empeñan los ciudadanos

Con ademan altanero

En darme un pandero ufanos,

Y yo digo: en buenas manos

Vino á caer el pandero.

Solo un idiota, un zanguango,

De gusto no se enagena,

Viendo bailar un fandango

Con sus pompas y remango

A una garbosa morena.

Eche usted salero pocho,

Digo yo con retintin,

Venga un vaso y un vizcocho

Y aunque esto no tenga fin,

Hasta mañana á las ocho.

La modorra en mí se nota

Dando dos sorbos atroces,

Y la gente se alborota

Y jota me pide á voces,

Sin que yo entienda una jota.

Aquí de cólera estallo;

Y pidiendo mil mercedes

Me cierro el pico y me callo,

Y con permiso de ustedes

Voy á la misa del gallo.

Aun no se ha digerido el besugo, cuando ya el tufillo del pavo despierta nuevamente el apetito el día 25.

¡Pobre pavo! tú eres en los días de Pascua el héroe de la manducante exaltacion.

En todas las casas, decíamos en *La Marquesa de Bellaflor*, se hace un esfuerzo por sacrificar esta victima en los altares de la gula; pero hay sin embargo familias, cuya escasez de recursos no les permite hincar el diente en esta jugosa y antigua importacion de la India, y es fuerza sustituir tan esquisito manjar con alguna otra ave de menos elevada categoria.

Así es que no solo el orgulloso pavo derrama su preciosa sangre en holocausto de la natividad del Redentor, sino que el vigilante gallo, el impotente capon, la cacareadora gallina, la incauta perdiz, el tímido pollo, y la candorosa paloma, sucumben al terrible golpe de la segur del inexorable Herodes de las cocinas, del Robespierre de los fricandós, entre cuyas sanguinarias manos, hasta el inofensivo pato paga el pato, para que el animal mas carnívoro que hay en el mundo, esa fiera que se llama hombre, se rogojije entre raudales de sangre inocente.

En medio de la aglomeracion de goces con que suelen celebrarse las na-

vidades, no deja de haber ciertos escollos lamentables para los gefes de familia, contra quienes el abuso mas bien que el uso, ha establecido una especie de contribucion.

En los dias de Pascua, todos los dependientes, los hijos, y hasta las mujeres propias, toman el espantoso aspecto de importunos acreedores.

Todas las bocas piden.

Todas las diestras se alargan mendigantes.

Todos los apretones de manos queman.

Todos los cumplimientos aplastan.

Todas las cortesías abruman.

Una sola voz resuena por todos los ángulos, y esta voz que amilana, que estremece, que horripila, es: ¡AGUINALDO!

Hé aquí una ruinosa contribucion que tiene ademas una gracia particular, y es la de hacer brotar recaudadores de todas partes.

Desde el mas infimo de los repartidores de periódicos, hasta la elegante consorte, gritan todos: ¡AGUINALDO! y si con veinte reales ó mucho menos, se deja alegre como unas pascuas al infeliz repartidor, que ha presentado su donosa décima, si guardando la debida proporcion queda uno á poca costa airoso para con la pedigüña cohorte del aguador, el carbonero, el sereno, la lavandera y demas personajes de este jaez, si con pocos realejos mas se satisface la ambicion de todo el ejército de hijos, primos y sobrinos que pronuncian en coro la aterradora palabra: AGUINALDO, no sucede así con la exigente compañera, á quien es preciso rendir un homenaje de predileccion procedente de las famosas tiendas de la calle del Cármen.

La diabólica invencion de los AGUINALDOS tiene antiquísimo origen.

Hay quien la deriva del homenaje rendido á Tácio el primer dia del año de su advenimiento, en que se alimentaba la llama de las piras con olorosas ramas de un árbol selvático llamado *Strenna*, otros dan este nombre á la misma selva.

Mr. de Jouy tambien dice que el uso viene de Tácio, rey de los sabinos, á quien se hizo regalo de unas flores consagradas á *Strinuo*, diosa de la fuerza.

Cobarrubias hace derivar la voz *aguinaldo* de *quineldun*, voz arábica que significa *regalar*, ó de la palabra griega *gininaldo*, que equivale á regalar en dia de natalicio.

Otros añaden que la palabra *Strenna* es efectivamente la que ha dado origen á los aguinaldos, ó *estrenos*, porque aquella palabra significa *leves*, *frívolos*, como queriendo indicar la pequeñez de aquellos regalos.

Sea lo que fuere del origen de la palabra *aguinaldo*, lo cierto es que los gefes de familia la oyen con horror, único contratiempo que se experimenta en la bulliciosa época que comprende de Pascuas á Reyes, en que, como vamos diciendo, se celebran grandes solemnidades religiosas, comiendo bebiendo y bailando como locos.

No queremos creer que el honrado pueblo de Madrid trate en semejante ocasion de cometer el menor sacrilegio solemnizando con la licencia y la embriaguez las mas sublimes y venerandas festividades, antes opinamos de buena fé, que aquella alegría general, aquel gozo, aquel júbilo que por todas partes destella, revela los religiosos instintos del pueblo de Madrid.

En efecto, no hay clase, no hay familia, no hay un individuo siquiera que no celebre con efusion las mas sublimes solemnidades del cristianismo.

¿Qué significa ese cuadro encantador de la inmensa concurrencia que olvida sus pesares para festejar el solemne aniversario del nacimiento de Dios con tan puro regocijo? ¿Qué significan los ecos de placer que resuenan por las calles y plazas, de esos cánticos en alabanza del Señor? Significan que el bálsamo de la religion hace desaparecer en esta sublime noche todo género de infortunios.

Mas ¡ay! lo que acabamos de decir no es desgraciadamente exacto de todo punto, pues si bien es un axioma que la religion es un bálsamo consolador en todas las desgracias, á ella han de recurrir los verdaderos pobres para soportar la amargura horrible que debe causarles aquel gozo universal en contraste de su dolor, aquel desenfreno de la gula cuando ellos se ven enteramente privados de medios para saciar el hambre.

En este caso espantoso se hallaba ya la familia del malogrado marino Ibarrola. ¡Desgraciadas criaturas! Habiais nacido para vivir dichosas con vuestra pingüe herencia; y un hombre rico, un miserable rodeado de opulencia os ha robado el oro y la felicidad.

¡Y este hombre os propuso la prostitucion ó el hambre!

La eleccion no era dudosa.

Y el hambre atormenta ya á la pobre viuda y á sus desventurados hijos.

Y todas las noches abandonan su humilde buhardilla para mendigar de

una manera vergonzante por las calles de Madrid.

Y no se atrevían á aproximarse á los transeuntes... les era repugnante... no habian nacido para pordiosear.

Y únicamente llevaban á su morada lo que alguna alma caritativa les daba de limosna porque adivinaba su indigencia.

Y en vez de alentarse á pedir lo que con tanta urgencia necesitaban, cada noche era mayor su vergüenza... cada vez más dolorosa y desesperada su situación.

Hé aquí la verdadera pobreza, en tanto que aquellos á quienes socorremos por las calles porque nos enseñan sus asquerosas llagas, sus repugnantes mutilaciones, y hacen ostensibles sus enfermedades, defectos y lesiones, ora implorando á veces la caridad pública, ora entonando canciones tal vez obscenas que promueven la hilaridad de los ociosos, se valen acaso la mayor parte, de punibles ficciones para explotar la credulidad pública y poder vivir en la vagancia, que es el semillero mas fecundo de todos los vicios y maldades.

Solo así se explica, que mientras la familia Ibarrola lloraba amargamente, el figon de la *tia Marañas*, centro de reunion de un gran número de pobres de solemnidad, como en otro capitulo ha visto ya el lector curioso, parecia que de Pascuas á Reyes solia convertirse en jaula de locos, tal era la infernal algazara que armaban allí desde el anochecer, los que durante el dia importunaban con sus ayes y lamentos á cuantos pasaban por las calles.

Así como hemos anatematizado siempre los abusos de los ricos, abominamos tambien los excesos de los *pobres*, cuando su pobreza es hija de los vicios y del ódio al trabajo.

Es imposible describir la algarabía que se armó en el figon de la *tia Marañas* en la noche del 24 de diciembre de 1856.

Baste decir que la orquesta se componia de los siguientes instrumentos: chicharras, rabeles, castañuelas, panderos, panderetas, triángulos, tambores, y la protagonista zambomba, y que al compas de esta atronadora confusion, los andrajosos parroquianos del figon, se atracaron de besugo y de sopa de almendra hasta la brutalidad, saboreando el cariñena, el moscatel y el anisete con la debida proporcion.

No fué menos espléndida la cena de la víspera de los Santos Reyes, en la que figuraron en primera linea los distinguidos personajes á quienes conocen

ya nuestros lectores, á saber: el *Rumboso*, ó sea Trifon que hacia dos dias habia salido de San Bernardino, despues de una corta permanencia que á él le pareció interminable, en aquel santo asilo, que tampoco se le antojó muy santo á nuestro héroe, el *tio Chispa*, el abuelo *Mendrugo*, su hijo el *Tuerto*, *Cañahueca*, el *Mudo*, y el *Tullido*, en representacion del género masculino, formando la del bello sexo, la *tia Botijo*, la *Gazmoña*, y la *Nariguda*, ademas de la respetable dueña absoluta, propietaria, directora y exclusiva cocinera del *basto* establecimiento.

Aunque estos eran los personajes mas distinguidos de tan brillante sociedad, hemos dicho ya que en representacion de la gente de peso habia aguadores y mozos de cordel, así como señores de coche de los que ocupan el asiento mas elevado en los vehiculos, nobles todos por sus cuatro costados como hijos de Asturias, y descendientes del gran Pelayo, inventores de los ferro-carriles, cuyos primeros ensayos se hicieron en las suelas de sus zapatos con éxito asombroso.

Estos ilustres varones y sus convecinos de Galicia, por cuyos delicados oídos suele resonar continuamente la palabra *bárbaro*, piropo que la envidiosa multitud acostumbra prodigarles, merecieron durante aquella *soirée* estomacal, todos los honores de la funcion.

Farruco el *Maula*, á quien se daba este apodo por su aficion á la holganza y la paciencia con que sufría todo género de chanzas, por pesadas que fuesen con tal de que pudiese con ellas *llenar el bandullo*, como él decia haciéndose el bobo, vino á desempeñar en aquella noche el papel principal de una grotesca farsa, que todos los años suelen reproducir algunos centenares de vagos, en desdoro de la culta capital de la monarquía española.

Cuando ya la cena tocaba á su término, exclamó Farruco:

—*Tia Marañas*, esta noche me he llevadu un chascu completu,

—¿Por qué, hijo mío? —dijo la amable tia.

—Porque sientu el bandullo vacíu, y yeu que estu se acaba. A mí me justa que dure el jaleu cuando hay buena pilanza.

—Pues anda al matadero, y que te den un par de cuernos..... ya verás como no te los acabas esta noche.

—Yo sé otro medio —añadió el *Rumboso*.

—Si es comu lus cuernus de la *tia Marañas* —alegó Farruco— buen pruvechu.

— Es otra cosa mejor. ¿No has oído hablar de los reyes magos?

— Todos los reyes son majus... á lu menus tienen para poder jastarlo, y si yo tuviera su dineiro non andaria con tantos pingajus, que tambien me justa andar maju para agradar á mi marrunsiña.

— ¡Pues qué! ¿tienes tú novia? — preguntó la vieja *Nariguda*.

— ¿Non puedu yo tenerla?

— Con esa cabeza de chorlito...

— Y usted la tiene de cutorra.

— ¡Tunante! — gritó la *Nariguda*.

— Tengamos la fiesta en paz — dijo el *tio Chispa* — y tú, Farruco, si tienes aun el bandullo vacío, como dices, escucha lo que te ya á decir el Rumboso.

— ¿Qué quiere usted decirme de los reyes majus? — preguntó Farruco al Rumboso.

— Que pueden hacer tu fortuna — respondió este.

— ¡Cojollus! — exclamó Farruco — ¿y dónde están esos reyes?

— Esta noche llegan á Madrid.

— Apuestu dos cuartus á que non vienen para llenar cubas de ajua.

— Pero vienen á llenar de onzas de oro los bolsillos de los que salgan á recibirles.

— Esu es jaita.

Es inútil advertir á nuestros lectores que este coloquio era interrumpido á cada paso por las risotadas y gritos de los concurrentes.

— ¡Cómo que es gaita! — dijo el Rumboso — es tan cierto, como que te vas á beber tú ahora este vaso de vino que yo te regalo.

Y llenando en efecto un vaso de vino, se lo presentó á Farruco.

— Que me lu beberé todú, es muy ciertu — repuso el gallego.

Y de un sorbo se bebió la mitad.

— ¿Y no crees lo de los reyes?

— Tiene usted un buen modu de convencer á lus mas testarudus. Peru con todú... Si la majencia de esos señores majus, fuese tal que llenaran lus bulsillus de todus lus que saljan á recibirlus, no habria bastantes onzas en el mundu para tanta gente comu iria á verlus.

— Es que solo dan las onzas á los que se hacen ver por encima de la multitud.

Farruco apuró el vaso del segundo sorbo, y despues de paladearlo, dijo:

—Ya lu entiendu, será precisu irse por los tejados.... comu los jatus, para estar mas altu que todus.

—No por cierto, á los de los balcones, ventanas, azóteas y tejados no les darán nada. Unicamente si hay algun zapatico... lo llenan de dulces.

—Non quiero dulces; mas me justa un buen salchichon que todus los dulces del mundu.

—Y lo mejor de todo son las onzas de oro.

—De esu non hablemus.

—¿Y no sabes quienes son los que pueden alcanzarlas cuando los reyes llegan?

—Lus mas estiradus... y comu yo soy tan chiquiticu...

—Te engañas.

—¿Que non soy chiquiticu y parezcu un pepinu?

Y Aquí fué estremada la hilaridad de la concurrencia.

—;Silencio, caballeros!— gritó el Rumboso, y dirigiendo otra vez la palabra á Farruco, replicó de este modo:

—La multitud tendrá que contentarse con las monedas de cobre.

—¿Tambien darán cuartus?

—Mezclados con alguna que otra peseta; pero como las arrojan á puñados, hay que sufrir pisotones y manotadas para alcanzar alguna que otra.

—A fuerza de puños non creu me gane ninjunu, y si se trata de pisotones, no hay mas que ver esta hermusura de pezuñas que Dios me dió para dar el Viático al que caiga debaju de mis suelas.

—Pero lo mejor de todo son las onzas, y no todos están en el caso de poderlas coger. Se necesita en primer lugar ser mozo de resistencia.

—Yo soy mas duru que un peñascu.

—Tener mucha fuerza en los brazos y en los hombros.

—El otru dia en Chamberí cogí una marrana de las patas traseras, me la carjé comu si fuera una cuba vacía, y á pesar de su pataleu y de sus gruñidus non la solté hasta el matadero.

La fanfarronada del gallego mereció una grita de aprobacion; pero figurándose él que habria allí quien no quisiera creer lo que acababa de decir, exclamó:

—Si algunu lu duda, estoy prontu á la prueba.

— ¿Y pesaba mucho la marrana? — preguntó en tono de mofa la *tia Botijo*.

— ¡Cáspita si pesaba! — respondió Farruco. — Estaba jorda... así... de las carnes de usted, *tia Butiju*... y también me empeñu en llevar á usted al mataderu...

Y diciendo esto hizo el ademán de ir á empuñar los piés de aquella *tia*, y se la hubiera cargado sin duda de un boleo, si no hubiera andado lista en retirarse para atrás.

Cuando el estruendo de las generales risotadas se apaciguó, dijo el Rumoso á Farruco:

— Eres á propósito para ganar muchas onzas de oro.

— Buenu es esu, ¿y comu?

— Llevando una escalera al hombro y un cencerro al cuello.

— ¿Para qué la escaleira?

— Para ver de lejos á los reyes, y que cuando lleguen, te vean ellos y te llenen los bolsillos de onzas de oro.

— ¿Y el cencerro?

— Para llamar la atención de los reyes con el ruido.

— ¿Y hay que andar mucho trechu?

— Un par de horas.

— Todu esu está muy bien; pero non queiru onzas de oru.

— ¿Por qué?

— Porque todú esu es muy pesado, y non me justa el trabaju.

— Ya se ve que es muy pesado, y por eso háy que recobrar fuerzas en todas las tabernas del tránsito.

— ¿Y comu se hace esu?

— Comiendo y bebiendo.

— ¿Y quién lu paja?

— Eso corre de mi cuenta.

— De veras?

— Te doy mi palabra de honor, como comerciante. Ya sabes que ahovendo fósforos.

— Esu ya es otru cuentu. Venja esa manu, y al aviu.

Con gran contentamiento de la concurrencia, se arregló todo lo necesario en breves instantes, y aquellos pobres de solemnidad, provistos de ha-

chones algunos de ellos, se lanzaron á la calle de tropel.

Imposible parece, hemos dicho en otra ocasion, y repetimos ahora con los mas vivos deseos de que no se desoigan nuestras quejas, imposible parece que en la metr6poli de España, en una poblacion que debemos suponer la mas civilizada del reino, haya costumbres tan grotescas, de que se avergonzarian á buen seguro las personas sensatas del mas insignificante villorrio.

¿Qué significa esa chocarrera farsa con que abusando imbécilmente del candor de un pobre gallego ó asturiano, creen algunos bárbaros poner en ridículo la inocencia de su víctima, cuando lo que ponen en evidencia es su propia brutalidad é ignorancia?

No se concibe que haya quienes puedan alegrarse y divertirse corriendo horas enteras á manera de locos por las calles de Madrid, riendo, silbando, gritando, abullando como las fieras en pos de un pobre hombre, que cargado de una pesada escalera en medio de la desenfrenada multitud que le alumbraba con hachas de viento, suda y se afana, pisando nieves y lodos al compas de una música infernal de cencerros, que se armoniza diabólicamente con las carcajadas y horrible gritería de cuantos le acompañan de taberna en taberna, haciéndole tomar alimento de vez en cuando, y buenos tragos de Arganda ó Valdepeñas, para que el infeliz recobre sus fuerzas y prolongue tan chocarrera diversion.

¿Qué diferencia hay entre el protagonista de este espectáculo, á quien se quiere hacer pasar por tonto, y los que cubiertos de engorrosos y chavacanos disfraces le acompañan con hachones y cencerros?

Nosotros vemos que todos sufren igual cansancio.

Nosotros vemos que todos pasan los mismos percances.

Nosotros vemos, en fin, que á todos les abruman idénticas molestias.

Si puede haber en tan grosera farsa quien tenga algun talento, no será por cierto el que pague el gasto, sino el que fingiéndose crédulo y bonachon, come y bebe á la salud de los que tratan de burlarse de quien, mas sagaz y astuto que ellos, sabe engañarles á todos.

Eran las diez de la noche.

El tiempo estaba lluvizoso y hacia un frio irresistible.

La hermosa calle de Alcalá estaba sin embargo animada, no solo por algunos grupos de curiosos, muy embozados con sus capas, que parecia se di-

vertian presenciando las locuras de las cuadrillas que se cruzaban al son de los cencerros, con hachones y escaleras, sino por los viajeros que llegaban en las diligencias y otros que se disponian á partir.

Frente á la casa de Postas peninsulares, un jóven vestido ligeramente y con mala ropa, aunque de persona al parecer distinguida, contemplaba como con envidia á los concurrentes de un café que, segun costumbre, tenian sobre las mesas, bebidas, bizcochos y varias golosinas propias de semejantes fiestas.

De repente apartó el jóven su vista de un espectáculo que al parecer recreaba sus ojos y mortificaba su corazon.

Este jóven era el honrado Andrés, que acosado por el frio y el hambre, parecia dominado por una idea que no se atrevia á realizar.

Hacia tres noches que el desgraciado andaba por los alrededores de las casas de diligencias.

Y mientras la alegría y algazara reinaban en todas las clases del pueblo de Madrid, mientras hasta los que pordioseaban por las calles participaban del general regocijo, el pundonoroso jóven, viendo á unos viajeros que seguidos de mozos cargados se dirigian á uno de los coches que iban á partir, hacia las tristes reflexiones siguientes:

— ¡Cuan dichosos pueden llamarse los que abandonan á Madrid! ¿Qué es la córte? Un abismo donde se hunden los goces y los pesares, confundiendo en un solo y eterno murmullo los ayes del dolor y los himnos de la alegría. Ciudad egoísta donde se juntan las familias para vivir separadas unas de otras!... Donde la riqueza que goza, duerme al lado de la indigencia que gime!... Donde á veces no hay mas que un frágil tabique que separa un ataud de un tocador de boda! De que buena gana te abandonaria yo tambien, si no fuera por Adela, por mi querida hermana, á quien persigue un seductor poderoso... Si no fuera por mi madre á quien he jurado no abandonar nunca! Y el infame seductor de Adela osaba proponernos nuestra felicidad en cambio de la ignominia! ¡Esto es horrible!... Mientras la hija compraba su matrimonio... su título de nobleza... el padre me proponia un viaje de vergüenza y de baldon!... ¡Mendiluetta! ¡Oh!... si mi madre no me contuviera, vive Dios que no te reirias de tu impunidad! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... No me queda recurso ninguno... todo empeñado... todo vendido.... ¡Y es menester vivir!... pero ¿de qué? Hoy no hemos comido nada en todo

el día, y llegará el de mañana sin haber encontrado recurso alguno. Esto no puede ser.... He de hacer algo para que mi hermana y mi madre vivan.... y he de hacerlo pronto. ¡Si yo supiera un oficio!... ¿Por qué no me le han enseñado? ¡Dios mio! Yo tambien como ellos tengo hambre.... y hace un mes que vago por calles y plazas en busca de una colocacion... y nada... absolutamente nada me es posible encontrar... A todas partes llego tarde... todas las puertas hallo cerradas. ¡Maldito seas, Madrid!.... ¡tumba de mis esperanzas, maldito seas! ¿Donde están las almas benéficas, las señoras piadosas, los hombres caritativos y honrados, que no tienden una mano de proteccion y apoyo á otro hombre honrado? ¡Madre querida, hermana de mi corazon!.... Esta mañana pasé cerca del canal.... Vuestro recuerdo me salvó la vida. ¡Parece imposible! Yo, que otras veces me he reido cuando oia decir que las gentes se morian de hambre en la córte!..... No, no, lo repito ahora... eso no es posible, y no será... no será porque tentaré todos los recursos. Aquí en este papel tengo escritas las señas de un cerrajero que necesita un muchacho que le lleve las cuentas.... Le veré.... le hablaré.... y me atenderá... sí, me atenderá... Las gentes del pueblo tienen buen corazon.

CAPITULO XXXIV.

LA ESPERANZA PERDIDA.

En la fragua de una cerrajería, trabajaban con afán varios jóvenes, como deseosos de terminar alguna obra apremiante.

El maestro les animaba con el ejemplo de su actividad.

— ¡Ea, muchachos! — les decía — antes de media hora estará esto listo, y aun podreis ir á esperar á los reyes.

— Si fuéramos á esperar á una buena chica para cada uno..... — dijo uno de los oficiales.

— No sé como no te hizo Dios perro faldero — replicó otro.

— ¿Por qué?

— Porque no te hallas bien sino entre faldas.

— ¿Y dónde puede uno estar mejor ahora que hace frio?

— Junto á la fragua — dijo en tono de amo el maestro — es donde siempre hace calor.

— Eso es, mientras los demas andan corriendo y divirtiéndose por esas calles de Dios... No tiene usted corazon, maestro.

— No me echas á mí la culpa, Julian; hace dos horas que os he propuesto abandonar el trabajo.

— ¡Mire usted qué gracia! Obligándonos á venir mañana al remate... mañana que es dia de Reyes.



—Y vosotros habeis preferido velar.
 —Ya se vé.... ¿quién ha visto trabajar en una festividad como la de mañana?

— Si he accedido á vuestro deseo ¿de qué te quejas ahora?

—Yo no me quejo; pero lo mas acertado hubiera sido que en lugar de velar...

— ¿Hubieseis venido el domingo?

— Ni el domingo, ni hoy, ni mañana...

— Eso es; mejor seria aun no trabajar en toda la semana, y decir á tus padres que te compren una levita para aumentar el número de vagos de la Puerta del Sol.

— ¿Cuándo se hace una leva de vagos de levita, maestro?

— La levita es la carta de seguridad de los tunantes.

— Siendo así no se necesita policía mientras haya sastres.

En este momento entró precisamente en la cerrajería un caballero con levita negra.

— ¿Qué se le ofrece á usted? — le preguntó el amo haciendo parar el martilleo.

El recién llegado no acertaba á responder, y como permanecía silencioso, le preguntó el maestro:

— ¿Es usted mudo?

Esta pregunta hizo prorumpir en risotadas á los oficiales, y aumentó la turbacion del pobre Andrés, que no era otro el que acababa de invadir la cerrajería.

Dejó que se calmara el bullicio de la comun hilaridad, y cuando conoció que su voz podria oirse, dijo con timidez:

— Vengo en busca de trabajo.

— ¡Cómo! todo un caballero... — repuso el dueño de la casa.

— Será gracioso verle dar martillazos con ese levitin...

— Que arderá como yesca si se le pega una chispa.

— Mejor será mandarle á un herrador.

— Ese sí que daría una en el clavo y cien en la herradura.

De este modo seguian los oficiales y el maestro haciendo burla del pobre jóven.

— Creo haberme equivocado — dijo tristemente Andrés.

—Yo también pienso de igual modo—repuso el maestro—ha errado usted la vocación. Nuestro oficio exige robustez, fuerza... y usted...

—No lo digo por eso, sino que creí ser acogido con mayor benevolencia....

—Estos señoritos—dijo el maestro á los oficiales—creen poderse mofar de todo el mundo impunemente.

—No sé á que alude semejante advertencia—dijo Andrés en tono humilde.

—¡Bah! ¡bah! ¿Cómo quiere usted hacerme creer que viene en busca de trabajo?

—Siento que usted no lo crea... Era la única esperanza que...

—¿Y ha ejercido usted otra vez el oficio?

—No señor.

—Entonces sería preciso que en clase de aprendiz se encargara usted de los fuelles, y no hay duda que sería gracioso verle á usted de soplón... con su levita y su sombrero de copa alta...

Las carcajadas de los oficiales fueron aquí estrepitosas.

—¡La misma acogida en todas partes!—pensó Andrés con amargura.

—Prosigamos el trabajo—dijo el maestro—que ya es tarde, muchachos.

Y el ruido que hacían los martillos, las limas y demás herramientas, impedía que pudiera trabarse nueva conversacion.

En un momento que el estruendo se apaciguó, dijo Andrés:

—Si ustedes me permiten...

Apenas empezó el joven á hablar, redoblóse el estrépito en medio de las generales risotadas.

—Por piedad...—continuaba Andrés casi llorando.

Y el estruendo crecía á cada palabra que el infortunado joven profería.

Andrés se quedó silencioso y meditabundo.

El cerrajero empezaba ya á incomodarse viendo que aquel caballero no se retiraba, y mandando á sus oficiales que suspendiesen por un instante el trabajo, le dijo:

—¿En qué está usted pensando, señorito?

—No lo sé—respondió Andrés con el acento de la desesperacion.

—¿Lleva usted intencion de que dure mucho su graciosa jugarreta?

Andrés prorumpió en fuertes sollozos.

— ¡Llora! — exclamó el cerrajero con gravedad.

— No es él quien llora — dijo riéndose uno de los oficiales.

— Miradle — añadió en baja voz el maestro — llora de veras.

— Las monas de ron suelen causar ese efecto — repuso por lo bajo otro oficial.

— Quiero cerciorarme de la verdad. — Y dirigiéndose al desgraciado joven, le preguntó el maestro: — ¿Qué es eso, por qué llora usted?

— ¡Yo! — respondió Andrés como si despertara de un horrible ensueño.

— Usted que está haciendo pucheros como un chiquillo. ¿Qué es eso?

— Nada... que he perdido toda esperanza.

— ¿Pero es cierto que viene usted en busca de trabajo?

— Si señor... ¡y en todas partes se me niega!...

— Desengañese usted — dijo riendo uno de los oficiales dirigiendo la palabra al maestro — eso es que sabe lo de la leva de los vagos de levita, y viene á refugiarse entre nosotros.

— ¡Yo vago! — exclamó Andrés con aire amenazador.

— ¡Hola! ¡y gallea el alfeñique!

Y á las insolentes palabras del oficial siguió una espantosa grita de sus compañeros.

— ¡Silencio! — exclamó en tono de autoridad el cerrajero.

Todos callaron.

— Permita usted retirarme — dijo en voz humilde Andrés.

— Eso es lo que debe hacer — repuso un oficial.

— Que se vaya, que se vaya — exclamó otro.

— ¡Fuera! ¡fuera! — gritaron todos.

— He dicho á ustedes que callen — dijo con enojo el cerrajero — y si alguno se atreve á decir una sola palabra, queda desde este momento despedido.

Despues de esta intimacion del maestro, reinó entre sus oficiales el mas profundo silencio.

— ¿Y cómo viene usted á mi casa en busca de trabajo?

— Las puertas de los palacios están para mí cerradas como los corazones de los ricos á las súplicas de los menesterosos.

— ¿Y ha creido usted hallar la mia abierta?

—Me había figurado encontrar mejor acogida en las honradas clases del pueblo, que entre los señores. ¡Cuánto sentiría haberme equivocado!

La dignidad con que Andrés pronunció estas palabras, contuvo la burlona sonrisa de los oficiales.

—Si usted esplica sus pretensiones...— alegó el maestro— tal vez...

—Mis pretensiones se reducen á ganar cualquier cosa para dar de comer á mi madre y á mi hermana.

—¿Pero cómo no busca una colocacion mas á propósito para usted que la que yo pudiera proporcionarle?

—Me son iguales... con tal de que no haya deshounra en ellas. Lo he andado todo... me he presentado en varias oficinas, en casas de comercio, en las redacciones de los periódicos, en los despachos de los editores.... para copiar... para traducir... para repartir entregas... se me han dado esperanzas para lo sucesivo; pero nada, absolutamente nada para hoy.... y yo no puedo aguardar mas tiempo...

Esta breve relacion fué escuchada con religioso silencio, y hasta con interés de parte de los que poco antes se burlaban de un jóven á quien no creían desgraciado.

Andrés tenía razon: los hijos del pueblo suelen poseer un corazón generoso.

—Ahora que ya saben ustedes el motivo de mi visita—añadió Andrés profundamente conmovido—rianse ustedes cuanto quieran de mi desgracia, insúltenme si les place con nuevos dicitrios, y les dejo el campo libre; pero al retirarme de aqui llevo en mi pecho un terrible desengaño que le desgarrará. ¡Dios mio! ¡tampoco hay caridad en las clases humildes!

—Eso que usted acaba de proferir es un error—dijo enternecido el cerajero—nosotros los pobres artesanos no tenemos el corazón empedernido, y allí donde oímos gemir al menesteroso, sabemos tenderle una mano amiga, mas que no tengamos otra cosa que la mitad de nuestro pan que ofrecerle. ¿Pero qué colocacion podia usted esperar en mi casa?

—Me lisonjeaba de que tal vez podria serle útil una persona que le llevase el libro de cuentas.... ¿Qué sé yo? El afán de encontrar con que mantener á mi madre, me tiene loco, y pido á todos ustedes mil perdones si he podido molestarles.

—El libro de cuentas, decia usted.... Dan tan poco que hacer mis cuen-

tas... Sin embargo, hoy tenemos precision de terminar lo que llevamos entre manos... mañana... mañana son los Reyes; se deja usted ver por acá pasado mañana, y hablaremos.

— ¡Todos lo mismo! — pensó el pobre Andrés, y despues de saludar, salió desesperado, y resuelto á no presentarse de nuevo en una casa donde tan mala acogida habia recibido.

Las apariencias hicieron que formase un concepto equivocado de aquellas pobres gentes, que despues de haber oido las desgarradoras frases de Andrés, sintieron en el alma la conducta que con él habian observado, y le hubieran pedido mil perdones, á no haberse retirado tan precipitadamente.

Todos se dieron mútuas y espontáneas esplicaciones de su arrepentimiento, y del deseo que tenian de volver á ver al infortunado jóven no solo para disculparle, sino para interesarse por su porvenir.

El maestro cerrajero concibió la idea de hacerle su secretario, y prestarle igualmente su proteccion.

La tranquilidad de la familia de los Ibarrola, dependia pues de la visita que el cerrajero aguardaba el dia siguiente al de Reyes.... ¡y Andrés habia resuelto no hacer esta visita!

CAPITULO XXXV.

LA RECONCILIACION.

Por los años de 1520 construyóse un castillo que tenia por objeto defender á Madrid de las hordas de malhechores que vagaban por sus cercanías.

Encima de la puerta de este castillo habia un sol pintado, y naturalmente era conocido este sitio por la *Puerta del Sol*.

El aumento de la poblacion hizo que Madrid se prolongára por aquel lado.

El castillo desapareció á consecuencia de las nuevas casas que se fueron sucesivamente edificando, y solo quedó una plaza irregular que conservó el famoso nombre de la *Puerta del Sol*.

Este y no otro es el origen del sitio mas célebre que encierra Madrid; y sin embargo este sitio por sí solo no mereceria el renombre europeo de que disfruta, á no constituir en el dia uno de los puntos mas céntricos, donde desembocan las principales calles, como por ejemplo la Mayor, la de Preciados, la del Cármen, la de Carretas, Arenal, Alcalá, Montera y Carrera de San Gerónimo.

Generalmente se cree en el extranjero que la *Puerta del Sol*, es el arco principal por donde se entra en la capital de España; y no ha faltado escritor que ha criticado con acrimonia la escuela *churrigueresca* de este arco, haciendo una minuciosa descripcion de su chavacana arquitectura.

¿Cuándo cesarán los extranjeros de inventar fábulas para zaherirnos?

— Pero no nos separemos de la *Puerta del Sol*.

Hemos dicho que es una plaza irregular, y verdaderamente da lástima que no se hagan en ella las mejoras de que es susceptible y que imperiosamente reclama un sitio tan privilegiado, donde la elevacion de las casas, el inmenso edificio de Correos, y sobre todo las magníficas y pintorescas vistas que aglomeran las anchurosas bocas calles que la circundan, justifican la celebridad de que goza.

Hace años que se concibió el pensamiento de esta gran reforma de ornato público, y solo el gobierno lanzado del poder por la revolucion de 1834, se atrevió á inaugurar esta colosal empresa; pero lo hizo con la ligereza y poca aprension con que aquellos gobernantes se lanzaban á la ejecución de sus proyectos.

Comenzóse el derribo, y cuando los derribadores habian derribado varias casas, fueron ellos derribados á su vez, y la desventurada *Puerta del Sol* ofrece el lastimoso aspecto de otro Sebastopol bombardeado.

No se ven mas que ruinas donde debieran alardearse los mas bellos edificios de la metrópoli.

Y hace luengos años que dura este bochornoso estado de abandono.

¡Y no queremos que nos insulten los extranjeros!... que hagan mofa y escarnio de la proverbial desidia española!

Si generalmente la *Puerta del Sol* ebulle siempre en holgazanes de buen humor, en cesantes noticieros, en oradores al aire libre, en diplomáticos de café, en críticos de buhardilla, y en toda suerte de carruajes que se cruzan, de aguadores que clamorean, de ciegos que se desgañitan y de gavilanes con miriñaque que revolotean en torno de los inocentes pollos, el animado y ruidoso cuadro que este conjunto ofrece, sube de punto en la noche del 5 de enero, con motivo de los inocentes bárbaros que se lanzan á la calle para esperar á los reyes.

En una de las tabernas mas inmediatas á la *Puerta del Sol*, frente por frente de una hermosa casa, sonaba una gritería infernal.

Eran Farruco el *Maula*, y sus dignos compañeros los parroquianos del figon de la *tia Marañas*, que con el *Rumboso* á su frente, habian entrado á humedecer un poco las gargantas, secas ya de tanto gritar.

El descanso llevaba todas las trazas de ser duradero, porque aquella turba se hallaba fatigadísima de tanto loquear, particularmente Farruco, el hé-

roe de la fiesta, portador esclusivo de la pesada escalera que habia magullado soberanamente sus hombros.

— El digno director de la cuchipanda, el intrépido Rumboso, trataba de aprovechar el tiempo mientras sus compañeros descansaban.

A este efecto se quedó bajo el dintel de la puerta de la taberna, con un enorme cencerro en la mano derecha y un hachon encendido en la izquierda.

Tenia todas las trazas de un feroz incendiario.

— ¡Ah, Mendilueta! — decía para sí — es menester que yo te encuentre... y te encontraré... Desde que he salido de San Bernardino he rondado inútilmente al rededor de tu casa.... Me alegro de no haberte encontrado.... me hubieras convidado otra vez.... y debo guardarme de volver á entrar en tu palacio. Ahora no te me escaparás.

Trifon, ó sea el *Rumboso*, se aproximó á la casa de enfrente y preguntó al portero:

— ¿Se ha terminado la junta?

— Yo creo que sí, porque han salido ya muchos caballeros.

— Y yo no he visto salir á mi amo.

— ¿Quién es su amo de usted?

— El señor de Mendilueta.

— Tampoco le he visto salir. ¡Qué demonio! ¿Y quiere usted acompañar á su amo con ese hachon?

— Para que no se caiga... hay en la Puerta del Sol tantos escombros....

— ¿Y ese cencerro?

— Para hacernos abrir paso entre la multitud.

— A estas horas... con el tiempo que hace... Sobre que ya empieza á nevar... ¿dónde ha de estar esa multitud?

— Es verdad que ya nieva... pero aun es poco.... sentiria que arreciase, porque se me apagaría la luz. Si sale mi amo, prevéngale usted que le aguardo paseándome por la acera de enfrente. Yo tambien estaré á la mira.

— Corriente — dijo el portero, y Trifon se separó.

Mientras cruzaba la calle, vió pasar precipitadamente una mujer con el velo de la mantilla echado sobre la cara.

— ¡Ande usted con Dios, salero! — le dijo Trifon en tono picaresco.

¿Quiere usted que la alumbre con mi cerilla?

Era una pobre vergonzante que en vez de contestar redobló el paso.